

PUNTO ROJO

**BRU  
GUE  
RA**

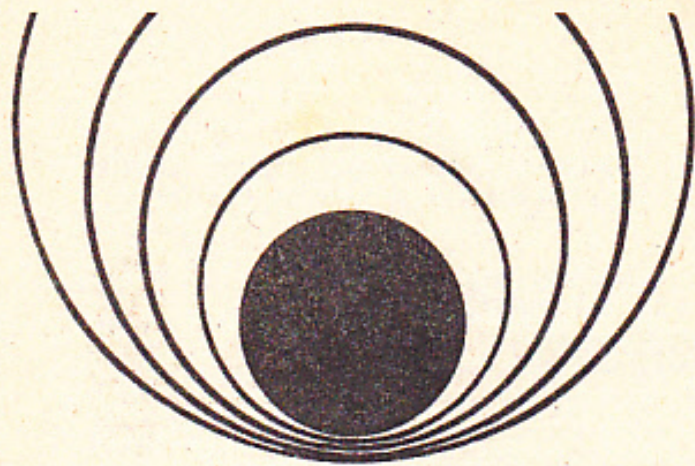
**BOLSILIBROS**

**POLICIACO**

# EL ASESINO DE MORGAN STREET

**Joseph Berna**





**PUNTO ROJO**

---



**JOSEPH BERNA**  
**EL ASESINO DE MORGAN STREET**

Colección PUNTO ROJO n.º  
1.150 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS  
POR ESTA EDITORIAL

- En Colección SERVICIO SECRETO:  
1.759 — Para piano y metralleta.
- En Colección KANSAS:  
1.325 — El gigante de Kentucky.
- En Colección COLORADO:  
841 — Un osado californiano.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:  
693 — Un marido del Este.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:  
546 — A punta de látigo.
- En Colección PUNTO ROJO:  
1.148 — El hotel de las desapariciones.
- En Colección CALIFORNIA:  
1.413 — El rey del póquer.
- En Colección BISONTE SERIE ROJA:  
1.886 — Naipes, puñetazos y tiros.

ISBN 84 02 02520 X Depósito legal: B. 22.488 1984

Impreso en España Printed in Spain

1.ª edición en España: junio. 1984 1.ª edición en América:  
diciembre. 1984

© Joseph Berna - 1984  
texto

© Desilo - 1984  
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL  
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del  
Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1984

## CAPITULO PRIMERO

La cafetería de Kenneth Asner acababa de cerrar.

Lo había hecho, como todas las noches, a las doce en punto.

Doris Lenton, la camarera que aquella semana realizaba el segundo turno, el que abarcaba casi toda la tarde y parte de la noche, se dirigió con gesto de cansancio al cuarto en donde tenía su ropa.

El trabajo, como de costumbre, había sido agotador.

Doris prefería el otro turno, el que abarcaba la mañana y parte de la tarde, porque no resultaba tan pesado. Pero, aquella semana, el primer turno le había tocado a Rhonda Edison, la otra camarera que tenía empleada Kenneth Asner.

Las dos eran jóvenes, bonitas, y bien formadas, pero tenían un carácter bien distinto y no congeniaban en absoluto. Menos mal que sólo se veían unos minutos al día, cuando la una terminaba su turno y la otra empezaba el suyo, porque si trabajaran las dos a la vez en la cafetería, se habrían tirado ya de los pelos en más de una ocasión.

Doris se introdujo en el cuarto, cerró la puerta, y se despojó del uniforme de camarera, quedando en ropa interior. Ambas prendas eran breves y sugestivas, de calidad, porque así le gustaba llevarlas a Doris.

Podía permitirse ese pequeño lujo, pues si bien su sueldo no era demasiado alto, recibía un elevado número de propinas cada día, y con ese dinero extra se pagaba algún que otro capricho.

Doris cogió su falda, pero todavía la tenía en las manos cuando la puerta se abrió y Kenneth Asner penetró en el cuarto. La camarera se cubrió rápidamente con la falda, al tiempo que enrojecía.

—¿Cómo se atreve a...?

—Tranquila, no pasa nada —sonrió el dueño de la cafetería, un cuarentón alto y fornido, de rostro no demasiado agradable, recio pelo negro, y dientes grandes.

—¡Salga inmediatamente, señor Asner!

—Sólo he venido a decirte una cosa, Doris.

—¡Ya me la dirá cuando termine de vestirme!

—Es importante, ¿sabes?

—¡Sea lo que sea, salga usted y espere a que me vista!

—Se trata de tu sueldo, Doris.

—¿De mi sueldo?

—Voy a subírtelo.

—¿De veras?

—Sí, a partir de la próxima semana.

—¿Cuánto?

—Todavía no lo he decidido, pero puedo adelantarte que el aumento no será inferior a cincuenta dólares.

—Vaya, no está mal. Le doy las gracias, señor Asner. Y ahora, por favor, salga y deje que acabe de vestirme.

—Un ruego, Doris.

—Diga.

—No le menciones lo del aumento a Rhonda.

—¿Por qué? ¿Acaso a ella no...?

—Sólo te voy a subir el sueldo a ti.

—¿No está contento con Rhonda, señor Asner?

—Sí, pero estoy mucho más contento contigo. Eres incansable y tratas muy bien a los clientes. Tienes una sonrisa para todos. Y nunca te enfadas con nadie, aunque tengas motivos para ello. Bueno, hace un momento te has enfadado conmigo.

Doris carraspeó.

—Tenía que haber llamado al menos, ¿no cree?

—Sí, tienes razón. Pero, después de todo, sólo te he visto en ropa interior.

—Podía haber estado desnuda.

—No he tenido esa suerte.

—No sea descarado, señor Asner. Y salga de una vez, se lo ruego.

—Dime antes si estás contenta.

—¿Por lo del aumento?

—Sí.

—Naturalmente que estoy contenta. Cincuenta dólares más, todos los meses, me van a venir muy bien.

—Pueden ser cien.

—¿Cien...? —respingó la camarera.

—Si tú quieres, Doris —dijo Kenneth, dando un paso y colocando sus manos, grandes y velludas, en los desnudos hombros femeninos, perfectamente redondeados.

La camarera se estremeció visiblemente.

—Si yo quiero, ¿eh?

Sólo tienes que mostrarte cariñosa conmigo, Doris.

—Dejarme besar, abrazar, toquetear...

—Eso es.

—¿Y poseer, también...?

—Si haces el amor conmigo, te haré regalos. Buenos regalos, Doris.

La camarera apretó los dientes.

—¿Sabe lo que le digo, señor Asner?

—Te escucho.

—¡Que se meta el aumento donde le quepa! ¡Y también los regalos! —gritó Doris, empujándolo furiosamente.

El dueño de la cafetería trastabilló y estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¿Estás segura de lo que dices, Doris? —ladró, con ojos brillantes de furia.

—¡Y tan segura!

—¡Puedo despedirte, estúpida!

—¡Atrévase a hacerlo y le denunciaré! ¡Diré que me echó a la calle porque me negué a convertirme en su amante!

—¡Lo negaré!

—¡Veremos a quién creen!

Kenneth Asner apretó los puños con rabia.

—Me desafías, ¿eh?

—¡Porque amenaza con despedirme!

—No temas, no lo haré!

—¡Mejor será!

—De todos modos, te arrepentirás de haberme rechazado. No te lo voy a perdonar, Doris.

—¿Qué piensa hacerme?

—Eso es cosa mía —masculló el dueño de la cafetería, y salió del cuarto.

Dejó la puerta abierta, por lo que tuvo que cerrarla Doris, quien, además, corrió el pasador. Después, se colocó la falda con rapidez, se puso la blusa, cogió su bolso, y salió del cuarto con precaución, pues temía alguna sorpresa desagradable por parte de Kenneth Asner.

Afortunadamente, no fue así.

Kenneth se hallaba al otro lado del mostrador, con una botella de whisky en la mano izquierda y una copa en la derecha, llena hasta los bordes.

Después de mirar duramente a la camarera, se llevó la copa a los labios y la vació de un solo trago.

Doris salió de la cafetería sin decirle adiós.

Kenneth estaba llenando de nuevo su copa.

Doris se alejó con paso rápido.

No vivía lejos de allí.

En Morgan Street, concretamente.

Doris solía tardar unos veinte minutos, sin acelerar el paso, pero como aquella noche tenía prisa por llegar a casa, realizó el recorrido en sólo quince minutos.

Morgan Street era una calle larga, pero tranquila. Una de las más serenas de Chicago.

Doris vivía en el 602, apartamento 12-C, ubicado en la sexta

planta.

Era un apartamento pequeño, pero cómodo, decorado con buen gusto.

Doris fue directamente al dormitorio, dejó su bolso sobre la mesilla de noche, y procedió a desvestirse, conservando únicamente las sucintas braguitas.

Así de fresquita, se introdujo en el baño.

Pensaba darse una ducha, como todas las noches, porque eso la relajaba mucho y eliminaba parte del cansancio acumulado durante las casi ocho horas de trabajo ininterrumpido en la cafetería.

Doris se despojó del sugestivo pantaloncito y se colocó debajo de la ducha. Hizo girar la llave y el agua cayó inmediatamente, deslizándose con rapidez por su cuerpo desnudo.

Para que el agua no salpicase fuera de la ducha, la camarera había corrido la fina cortina de plástico, lo que le impidió ver que alguien penetraba lenta y silenciosamente en el baño.

Era un hombre.

Y esgrimía una navaja de afeitar.

No se le podía ver la cara, ya que se había colocado un pasamontañas y sólo mostraba sus ojos.

Unos ojos negros.

Brillantes.

De asesino...

El tipo, a través de la delgada cortina de plástico, pudo vislumbrar el cuerpo desnudo de Doris, esbelto, armonioso, tentador...

Lo contempló unos segundos y después avanzó hacia la ducha, con la navaja de afeitar en alto.

La transparencia de la cortina permitió a Doris descubrir que alguien se aproximaba, pero el asesino estaba ya tan cerca, que a la camarera no le dio tiempo a nada.

El tipo apartó la cortina con su mano izquierda, de golpe, y Doris pudo verle.

La camarera vio, también, la navaja de afeitar.

Afilada.

Brillante.

Estremecedora.

Doris gritó, aterrorizada, pero su grito fue cortado en seguida por el filo de la navaja, que le produjo un tajo tremendo en la garganta, haciendo brotar la sangre a chorros.

La herida era mortal de necesidad, pero el asesino no se conformó y siguió proyectando su navaja sobre el cuerpo desnudo y mojado de la camarera, destrozándole los pechos, el vientre, los muslos...

Cuando se cansó de soltar navajazos, la infortunada Doris tenía más de una docena de espantosas heridas en el cuerpo, que yacía en el suelo, quieto, sin vida, aunque el agua de la ducha seguía cayendo sobre él.

## CAPITULO II

Marion Vradý se estaba tomando una taza de café, con mano temblorosa, cuando sonó el timbre de su apartamento. Esperaba la llamada, pero eso no evitó que respingara al oír el timbrazo.

Todo su cuerpo se sobresaltó.

Un cuerpo joven y hermoso, ya que Marion contaba solamente veintidós años de edad. Tenía el pelo castaño, los ojos azulados, los pómulos marcados, y una boca preciosa.

Marion dejó la taza sobre la mesa de la cocina, se levantó de la silla, y acudió a abrir, envuelta en una delgada bata y calzando zapatillas.

No se había vestido, todavía.

Y es que aún se hallaba bajo los efectos de lo que había visto, minutos antes, en el apartamento de Doris Lenton. Seguía pálida y no le desaparecían los temblores.

Marion abrió la puerta y se encontró con un tipo alto y fuerte, moreno, de facciones varoniles, que aparentaba unos veintiocho años de edad. Vestía traje oscuro, camisa blanca, y corbata, aunque llevaba el nudo ligeramente aflojado.

Marion adivinó que era policía.

Uno de los varios detectives que habían acudido al apartamento de Doris Lenton, después de que ella telefonara, para dar cuenta del asesinato de la pobre camarera.

—¿Marion Vradý...? —preguntó el tipo, con voz perfectamente timbrada.

—Sí.

—Mi nombre es Nick Turner y soy detective —se presentó el policía, al tiempo que le mostraba su placa.

—Les estaba esperando.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

—Gracias.

El detective entró en el apartamento y Marion cerró la puerta, rogando:

—Pasemos al living.

—Bien.

Caminaron hacia allí y Marion indicó:

—Tome asiento, por favor.

—Usted primero.

Marion se sentó en el sofá y la bata se le abrió, dejándola con las piernas al descubierto. Pero sólo fue un instante, porque la joven se cerró la bata en seguida.

El policía se sentó en un sillón y preguntó:

—Fue usted quien descubrió el cadáver de Doris Lenton, ¿verdad?

—Sí.

—Cuénteme cómo ocurrió.

—Había hecho café, pero cuando cogí la azucarera, descubrí que estaba prácticamente vacía. Y yo soy una chica muy golosa, ¿sabe? No me gusta el café sin azúcar o poco dulce, así que decidí pedirselo a Doris.

—¿Eran ustedes amigas?

—Sí, nos conocemos hace tiempo. Doris era una chica muy agradable y muy simpática. Tenía un magnífico carácter. Congeniamos desde el primer momento. Yo solía pasar algunos ratos en su apartamento, y también ella los pasaba en el mío.

—Continúe.

—Llamé un par de veces al apartamento de Doris, pero no me abrió. Y la verdad es que no me sorprendió demasiado, porque Doris trabajaba de camarera en una cafetería y esta semana realizaba el segundo turno de la jornada. No terminaba hasta las doce, así que se acostaba tarde por lo que pensé que estaba profundamente dormida y que por eso no oía sonar el timbre.

—¿Y qué hizo usted?

—Entré en el apartamento. La puerta no estaba cerrada con llave, así que no tuve dificultades.

—¿Le pareció normal que no estuviera cerrada con llave?

—Pues, sí. Doris no cerraba con llave casi nunca. Bueno, cuando dejaba el apartamento, sí. Pero si ella estaba en casa, pocas veces había girado la llave.

—Prosiga, Marion —rogó el detective.

—Me sorprendió que las luces del apartamento estuviesen encendidas, pero pensé que Doris se había levantado ya y que se encontraba en el baño, duchándose.

Entré en su dormitorio y me llevé otra sorpresa, al encontrar la cama hecha. Como si Doris no hubiera dormido en ella. En el baño, reinaba el silencio. La puerta estaba cerrada. Me acerqué, di unos golpes con los nudillos, y llamé a Doris, pero no me respondió, por lo que abrí y asomé la cabeza, descubriendo que... ¡Dios mío, fue horrible! —sollozó Marion, llevándose las manos al rostro.

Nick Turner permitió que la joven desahogara su pena dando rienda suelta a las lágrimas. Mientras tanto, extrajo sus cigarrillos, tomó dos y se los puso en los labios. Después, con su encendedor de gas, les prendió fuego a ambos.

Naturalmente, sólo pensaba fumarse uno.

El otro se lo ofreció a la muchacha, diciendo:

—Fume, Marion. Le sentará bien.

La joven retiró las manos de su rostro y aceptó el cigarrillo.

—Gracias, es usted muy amable.

—Acepte también mi pañuelo y seque sus lágrimas. Sus ojos, mojados, no son tan bonitos.

—No, supongo que no —respondió Marion, forzando una sonrisa. Se secó los ojos y las mejillas con el pañuelo del policía, y luego se lo devolvió.

—Gracias, detective Turner.

—Prefiero que me llame Nick.

—De acuerdo.

—¿Se encuentra con ánimos para seguir respondiendo a mis preguntas, Marion?

—Creo que sí.

—Bien, nos habíamos quedado en el momento en que usted abrió la puerta del baño, asomó la cabeza, y descubrió el cuerpo sin vida de Doris Lenton, tirado bajo la ducha y cubierto de espantosas heridas, causadas, según la primera impresión del forense, por una afiladísima navaja de afeitar.

— ¡Qué horror! —se estremeció Marion.

—El forense opina, también, que el crimen tuvo lugar entre las doce y la una —continuó el detective—. Es evidente, pues, que Doris fue sorprendida al volver de su trabajo. Quizá el asesino la venía siguiendo, sin que ella se diera cuenta. O tal vez la estuviese esperando en su apartamento, oculto. En cualquier caso, Doris tuvo tiempo de desvestirse y ponerse bajo la ducha. El agua caía ya sobre su cuerpo, cuando se vio atacada por el asesino, que le destrozó el cuerpo con su navaja de afeitar. No se conformó con matarla. Se ensañó cruelmente con ella. Y ahora vienen mis preguntas. ¿Por qué cometió el asesino un crimen tan monstruoso? ¿Qué tenía contra Doris? ¿Fue una venganza...? ¿Un ajuste de cuentas...? ¿La mató por celos...?

Marion movió la cabeza lentamente.

—No lo sé, Nick. Yo me hice las mismas preguntas, mientras esperaba su llegada. Y no supe responderme. Estaba tan aterrorizada, que me serví una taza de café y lo tomé sin azúcar. Y no lo noté amargo. El horror me impedía encontrarle el sabor al café.

—¿Tenía Doris algún enemigo? ¿Alguien que no la quisiera bien? ¿Que la odiase por algún motivo?

—Que yo sepa, no. Como ya le he dicho, Doris trabajaba de camarera en una cafetería. En un lugar así, lógicamente, se conoce a mucha gente. Principalmente, hombres. Y de todas clases. Pero Doris sabía cómo tratarlos y jamás tuvo ningún

problema.

—¿Quién es el dueño de esa cafetería?

—Un tal Kenneth Asner.

—¿Es soltero o casado?

—Soltero. Pero ya ha cumplido los cuarenta, ¿eh?

—¿Lo conoce usted, Marion?

—Sí, porque he estado algunas veces en su cafetería, siempre en horas del turno de Doris.

—¿Qué clase de hombre es?

—Grandote, rudo, más bien feo. No me extraña que siga soltero. Yo, desde luego, no me casaría jamás con un tipo así. Tiene, además, la mirada sucia.

—¿Cómo trataba a Doris?

—Bien.

—¿No tuvo ningún problema con él?

—No. ninguno.

—¿Quién hace el otro turno en esa cafetería?

—Una tal Rhonda. No sé su apellido, pero si sé que Doris no simpatizaba con ella.

—¿Por qué?

—Según Doris, Rhonda es una fresca. Y una desvergonzada. Parece ser que se acuesta con cualquiera, siempre que el tipo se muestre generoso con ella. Una putita, vamos.

—Cuando Doris lo decía... —sonrió Turner.

—Sus razones tendría, ya lo sé. Y como Doris no era así, es lógico que no se llevara bien con la zorra de Rhonda.

—Claro.

—¿Qué más quiere que le diga sobre Doris, Nick?

—Por hoy, ya es suficiente —respondió el policía, aplastando el resto del cigarrillo en el cenicero.

Después, se puso en pie.

Marion le imitó.

—¿Se marcha ya, Nick?

—Sí, quiero hacerle una visita a Kenneth Asner, para notificarle la muerte de Doris y ver cómo reacciona. Quizá vuelva esta tarde por aquí, Marion.

—Cuando quiera. Nick.

—Gracias, Marion. Ha sido usted muy amable.

—Usted también.

El detective se despidió de Marion y abandonó el apartamento, regresando al de Doris Lenton, que se hallaba enfrente.

### CAPÍTULO III

Eddy Fargo contaba treinta y dos años de edad. Era aún más alto y más corpulento que Nick Turner, su compañero de profesión. Y más veterano que él, pues llevaba más tiempo en el Cuerpo.

Eddy tenía las facciones rudas, aunque no desagradables. Solía sonreír bastante a menudo y resultaba un tipo simpático. Aquella mañana, sin embargo, su gesto era serio y duro.

Era lógico, después de contemplar el cuerpo desnudo de Doris Lenton, destrozado a navajazos. Un crimen tan horrendo tenía forzosamente que impresionar a cualquiera, aunque fuera un policía experto y curtido, acostumbrado ya a casi todo.

Eddy Fargo, al igual que Nick Turner, se había aflojado ligeramente el nudo de la corbata. Rebuscaba por el apartamento de Doris Lenton, tratando de hallar alguna pista que les permitiera llegar hasta el asesino.

Cuando vio regresar a su compañero, interrumpió su tarea y fue hacia él.

—¿Has hablado con la chica del 14-C, Nick?

—Sí.

—¿Y...?

—Te lo contaré por el camino.

—¿Es que nos vamos...?

—Sí.

—¿Adónde?

—Quiero interrogar a Kenneth Asner, el dueño de la cafetería en donde trabajaba de camarera Doris Lenton. Y también a una tal Rhonda, la camarera que realiza el otro turno.

—Está bien, vamos.

—¿Has encontrado algo, Eddy? —preguntó Turner.

—No, nada.

—Seguiremos buscando, cuando volvamos.

—Me temo que el asesino no dejó pista alguna, Nick.

—Aunque así sea, daremos con él.

—Te veo muy seguro.

—Teniendo como compañero de investigación a un tipo tan experto como tú, no puedo dudar de nuestro éxito.

Fargo exhibió una sonrisa.

—Agradezco tu elogio, muchacho.

Turner lo cogió del brazo.

—Anda, vamos. El teniente Simpson nos ha confiado este caso y no podemos defraudarle.

—No le defraudaremos, puedes estar tranquilo —garantizó Fargo.

Rhonda Edison tenía veinticuatro años de edad, el cabello rojizo y los ojos castaños. Su uniforme de camarera era descaradamente corto, lo que le permitía exhibir sus magníficas piernas, para gozo visual de los clientes varones de la cafetería.

Con la bandeja en una mano, vacía, porque acababa de servir a un par de clientes, Rhonda se dirigió hacia el extremo del mostrador, lo rodeó, y se acercó a Kenneth Asner, que atendía la barra.

La pelirroja dejó caer deliberadamente la bandeja, para llamar la atención del dueño de la cafetería.

—¡Oh! —exclamó, cuando ya Kenneth la miraba.

Se agachó, para recoger la bandeja.

Lo hizo de espaldas a él.

Y sin doblar las rodillas.

El corto uniforme, como era de esperar, se fue tan para arriba que casi todo el trasero de la pelirroja, escasamente cubierto por el reducido slip color lila, quedó expuesto a los ojos del dueño de la cafetería.

Y Kenneth, claro, se lo mordió con ellos.

Mientras recogía la bandeja, Rhonda lo miró por el rabillo del ojo, descubriendo que tenía la mirada fija en su tentadora grupa, lo que la hizo sonreír.

Se irguió, con deliberada lentitud, para prolongar la descarada exhibición de su formidable trasero, y acabó de recorrer los pocos metros que le separaban del dueño de la cafetería.

—Se me cayó la bandeja, señor Asner.

—Ya lo vi.

—¿Y qué más vio?

—Algo muy hermoso.

—Creo que sé a lo que se refiere.

—A esto —dijo Kenneth, deslizando su mano por debajo del corto uniforme y alcanzando el prieto trasero de la camarera, Rhonda emitió una risita de zorra muy zorra.

—Es usted un tipo muy atrevido, señor Asner. —Sólo con las mujeres que me gustan.

—¿Y yo le gusto...?

—Mucho.

—¿Más que Doris?

Los ojos de Kenneth Asner despidieron un centelleo, al tiempo que su mano se quedaba rígida sobre el trasero de Rhonda Edison.

—¿Por qué nombras a Doris?

—Porque también trabaja para usted.

—Ella no me atrae.  
—¿Seguro?  
—¿Por qué iba a mentirte?  
—Doris es una chica muy atractiva.  
—Tú lo eres más.  
—¿De veras?  
—Te voy a subir el sueldo. Rhonda.  
—¿En serio...?  
—Sí, a partir de la próxima semana.  
—¡Qué bien!  
—Te lo mereces.  
—¿Se lo subirá también a Doris?  
—No.  
—¿Por qué?  
—Ella no ha hecho tantos méritos como tú.  
La pelirroja no supo disimular su alegría.  
—Doris se va a tirar de los pelos cuando le diga que...  
—Prefiero que no se lo digas.  
—¿No quiere que se entere?  
—No, porque se enfadaría y lo pagarían los clientes. Y eso no me conviene.  
—Tiene razón, señor Asner. Es mejor que Doris no sepa que me va a subir el sueldo.  
—Anda, vuelve a tu trabajo.  
—Cuando retire usted la mano de mi trasero.  
—Supone un gran sacrificio para mí, pero lo haré.  
—Bueno, cuando quiera ponerla de nuevo, no tiene más que llamarme. Vendré en seguida —prometió la pelirroja, con maliciosa sonrisa.  
Kenneth le oprimió las nalgas por última vez y retiró su mano, diciendo:  
—Tú y yo lo vamos a pasar muy bien, Rhonda.  
—Seguro —respondió la camarera, y se alejó, saliendo de detrás del mostrador.  
Acababa de entrar un nuevo cliente en la cafetería, y Rhonda fue hacia la mesa que el tipo había ocupado. Como de costumbre, lo hizo moviendo sensualmente las caderas.  
Kenneth la siguió con la mirada, pero dejó de prestarle atención al ver entrar a dos hombres en la cafetería.  
Eran Nick Turner y Eddy Fargo.  
Y ambos fueron directamente hacia el mostrador.

## CAPITULO IV

Kenneth Asner se puso ligeramente nervioso.

Le daban mala espina los dos hombres que se aproximaban. Parecía intuir que eran policías.

Nick Turner y Eddy Fargo alcanzaron el mostrador.

—¿Kenneth Asner...? —preguntó el primero.

—Sí —respondió el dueño de la cafetería.

—Me llamo Turner. Y mi compañero, Fargo. Somos, policías.

Ambos exhibieron sus respectivas placas y después las guardaron de nuevo, mientras el nerviosismo de Kenneth Asner se acentuaba, al comprobar que su intuición no le había fallado.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó, esforzándose por aparentar serenidad.

—Se trata de Doris Lenton, la camarera que venía realizando el segundo turno en su cafetería —adelantó Turner.

—¿Qué pasa con Doris?

—Esta tarde no vendrá a trabajar —dijo Fargo.

—¿Por qué?

—La mataron anoche.

—¿Qué...?

—La asesinaron en la ducha, con una navaja de afeitar —explicó Turner—. No es seguro, pero parece que ésa fue el arma que utilizó el asesino.

—Es horrible... —murmuró Kenneth.

—Usted se afeita con maquinilla eléctrica, ¿verdad, señor Asner?

—dijo Fargo.

—¿Qué?

—Mi compañero pregunta si se afeita usted con maquinilla eléctrica o con navaja —habló Turner.

—Con cuchilla: me afeito con cuchilla —respondió nerviosamente el dueño de la cafetería.

—Se hará muchos cortes, ¿no? —preguntó Fargo

—¿Por qué?

—No parece que tenga usted el pulso muy firme.

Kenneth se apretó las manos.

—Sí que tengo el pulso firme. Lo que pasa es que en estos momentos estoy nervioso. Me ha impresionado mucho la muerte de Doris. Me cuesta creer que fuera asesinada.

—Pues créalo, porque es cierto —dijo Turner—. Como también es cierto que se ensañaron con ella. El asesino le destrozó literalmente el cuerpo con su navaja de afeitar. Debía de odiarla mucho, para hacer una cosa así.

—Es espantoso.

Justo en aquel momento, llegaba Rhonda con su bandeja, para pasarle a Kenneth el encargo del último cliente. La pelirroja, por la cara del dueño de la cafetería, supo que algo grave sucedía.

—¿Qué ocurre, señor Asner...?

—Doris.

—¿Le ha pasado algo?

—Ha muerto.

La camarera dio tal respingo que la bandeja escapó de su mano y se estrelló contra el suelo.

—¿Que Doris qué...?

Nick Turner se agachó, recogió la bandeja, y se la devolvió a la estupefacta pelirroja.

—Usted debe ser Rhonda, ¿no?

—Sí, ése es mi nombre.

—Yo soy Turner.

—Y yo, Fargo —se presentó Eddy.

—Son policías —hizo saber Kenneth.

—Entonces, es cierto que Doris... —murmuró la camarera.

—Sí, fue asesinada anoche, en su propio apartamento —informó Turner.

—¡Qué horror!

—¿Es cierto que Doris y usted no se llevaban demasiado bien, Rhonda?

—¿Quién lo ha dicho?

—Una amiga de Doris. Por lo visto, ésta le comentó que...

—No simpatizábamos, debo confesarlo. Pero, como cada una de nosotras tenía un turno distinto, no teníamos problemas.

—Es cierto, nunca tuve que llamarles la atención por ese motivo —intervino Kenneth.

—No crean, sin embargo, que no lamento la muerte de Doris porque no simpatizara con ella —habló de nuevo Rhonda—. Era una buena chica, tengo que reconocerlo, y siento mucho que la hayan asesinado.

—Y yo —dijo Kenneth—, Era una buena camarera. Sabía tratar a los clientes.

—¿Usted tampoco tuvo problemas con Doris, señor Asner? —preguntó Fargo.

—¿Yo...? —pareció sorprenderse el dueño de la cafetería—, ¿Por qué iba a tenerlos?

—No sé. Es sólo una pregunta.

Kenneth movió la cabeza.

—No tuve nunca problemas con Doris. Cumplía con su trabajo y yo estaba satisfecho con ella. Como también lo estoy con Rhonda,

Es otra excelente camarera.

—Gracias, señor Asner —le sonrió la pelirroja.

Nick Turner se pellizcó el lóbulo de la oreja derecha.

—Bien, ¿alguno de ustedes tiene idea de quién y por qué asesinó a Doris Lenton...?

—Yo, desde luego, no —respondió Kenneth.

—Ni yo —dijo Rhonda.

—¿Green que pudo ser algún cliente de la cafetería? —preguntó Fargo.

—¿Por qué piensa eso? —preguntó a su vez Kenneth.

—No sé.

—Era otra pregunta —dijo Turner.

Rhonda Edison sacudió la cabeza.

—No, no creo que fuera un cliente de la cafetería. Por aquí no viene nadie con tan malos instintos.

—Yo pienso lo mismo —dijo Kenneth—. Además, como ya he dicho antes, Doris sabía tratar a los clientes y se llevaba bien con todos. No tenía problemas con ninguno.

—Bien, esto es todo por hoy —dijo Turner—. Volveremos por aquí, si tenemos algo nuevo.

—Cuando quieran —respondió el dueño de la cafetería.

—Gracias por haber respondido a nuestras preguntas —dijo Fargo.

—No hay de qué —contestó Rhonda—. Estamos a su disposición. Turner la miró.

—¿Cuál es su apellido, Rhonda?

—Edison.

—¿Y dónde vive?

—En el 315 de Presstman Street, apartamento 22-B. —Gracias.

—¿Piensa hacerme alguna visita...? —preguntó la camarera.

—Es posible.

—Les recibiré encantada.

—Muy amable.

Los detectives se despidieron del dueño de la cafetería y de la camarera, y abandonaron el establecimiento.

\* \* \*

De regreso al 602 de Morgan Street, Eddy Fargo dijo:

—Si hay que visitar a Rhonda Edison, lo haré yo.

—¿Por qué? —preguntó Nick Turner, que era quien conducía el coche.

—Tú ya visitaste a Marion Vrazy, la amiga de Doris Lenton. El

próximo ligue me toca a mí.

Turner sonrió.

—Yo fui a interrogar a Marion Vradý, no a ligar con ella.

—¿Es fea. acaso?

—No, es una joven muy bonita.

—Rhonda también lo es. Y tiene unas piernas...

—Las exhibe con mucho descaro.

—Para eso son suyas.

—Te gustaría acostarte con ella, ¿eh?

—¿A ti no?

—No sé. Creo que me gustaría más hacer el amor con Marion.

—Pues Marion para ti, y Rhonda para mí.

Turner rió.

—No es tan sencillo, Eddy. Por lo que a mí respecta, al menos.

—Explícate, Nick.

—Marion parece una chica decente, y seguramente me daría una bofetada si le propusiera irnos a la cama. Rhonda, en cambio, es una fresca. No creo que te rechace, si intentas hacer el amor con ella. Claro que después tendrás que hacerle algún regalito...

—Un par de medias. No pienso gastarme más.

—¡Serás roñoso!

Se echaron a reír los dos.

Después. Turner preguntó:

—¿Qué impresión te causó Kenneth Asner. Eddy?

Fargo compuso una mueca significativa.

—No muy buena, ésa es la verdad. Se puso nervioso en cuanto nos vio entrar, aun antes de hacerle saber que éramos policías.

—Quizá lo adivinó.

—El que teme, algo debe.

—¿Le crees capaz de haber asesinado a Doris Lenton?

—No sé.

—Se afeita con cuchilla, no con navaja —recordó Turner.

—Eso puede no ser cierto. Y, aunque lo fuera, no significa nada. El tipo podía tenerla guardada. O haberla comprado para llevar a cabo el asesinato.

—Claro. Pero, ¿qué razones podía tener Kenneth Asner para cometer un crimen tan atroz?

—Supongamos que le gustaba Doris, que le gustaba mucho, hasta el punto de desear hacerla suya. Se lo propuso, ella se negó, porque no le agradaba Asner como compañero de cama, y el tipo se enfureció. Más que enfurecerse, se volvió loco de rabia y decidió asesinarla. para que ningún otro hombre tuviera lo que Doris le había negado a él.

—Cabe la posibilidad, si —admitió Turner—. Aunque, teniendo

también a Rhonda en la cafetería, encuentro un poco absurdo matar a Doris sólo porque ella le hubiera rechazado. Esa misma proposición, dirigida a Rhonda, encontraría una respuesta afirmativa, estoy seguro. Y hasta es posible que Asner se haya acostado ya más de una vez con esa sensual y provocativa pelirroja.

—Tal vez. Pero si el tipo se había enamorado como un borrego de Doris...

—Doris se lo hubiera dicho a Marion. Y parece ser que no le comentó nada en ese sentido.

—Quizá no tuvo tiempo, Nick.

—¿Qué quieres decir?

—Pues, que es posible que Asner le confesara sus sentimientos a la chica hace poco. Puede, incluso, que se lo dijera anoche. Y tras la negativa de Doris, Asner la siguió, esperó a que entrara en su apartamento, y la asesinó en él. No podía asesinarla en la cafetería, porque luego hubiera tenido que hacer desaparecer el cadáver sin que nadie le viera, y eso siempre resulta muy arriesgado.

—Tienes razón.

Fargo carraspeó.

—Creo necesario hablar a solas con Rhonda, Nick.

Nos puede decir mucho sobre Kenneth Asner.

—¿A ti o a mí?

—¡A mí, por supuesto!

Turner rió.

—De acuerdo, dejaré que visites a la pelirroja. Pero piensa más en el caso que en ella, ¿entendido?

Fargo le guiñó el ojo.

—Habrá tiempo para todo, muchacho.

—Pedazo de granuja...

Volvieron a reír los dos, cuando ya casi estaban llegando al 602 de Morgan Street.

## CAPITULO V

A última hora de la tarde, Nick Turner pulsó el timbre del apartamento 14-C. Mientras esperaba a que Marion Vradly le abriera, se apretó el nudo de la corbata y lo centró correctamente.

La amiga de Doris Lenton tardó apenas quince segundos en abrir, y sonrió al ver que se trataba del detective Turner.

—Hola. Nick.

—¿Qué tal. Marion?

—Pensaba que ya no vendría.

—Estaba esperando los resultados de la autopsia, para ver si aportaban algo nuevo.

—¿Y ha sido así...?

—Bueno, sólo han servido para confirmar que Doris fue asesinada entre las doce de la noche y la una de la madrugada, con una navaja de afeitar muy afilada. Ahora sabemos, además, que Doris no fue violada por el hombre que la mató, aunque ya lo suponíamos. La exploración de sus órganos genitales no ha hecho más que corroborarlo. El asesino no quería abusar de Doris. Sólo deseaba matarla. Destrozar su armonioso cuerpo con su navaja, lo que parece confirmar nuestras sospechas de que se trató de una venganza.

—Sencillamente horroroso —murmuró Marion, que se había estremecido de forma visible.

—¿Me permite pasar?

—Oh, sí, perdone. Tenía que haberlo sugerido yo.

—No tiene importancia —sonrió el policía, y entró en el apartamento.

Fueron al living y se sentaron los dos en el sofá.

Marion lucía un bonito vestido color crema, de finos tirantes y escote ligeramente pronunciado. Los zapatos, de alto tacón, hacían juego con el vestido.

Nick la miró y dijo:

—¿Sabe que ese vestido le sienta muy bien, Marion?

—¿De veras?

—Está preciosa con él.

—Gracias.

—No habrá cenado todavía, ¿verdad?

—No. aún no.

—¿Qué le parece si cenamos juntos?

—Bueno, no sé si...

—Le conviene distraerse, Marion. Si se queda en casa, no dejará de pensar en Doris. Por otra parte, mientras cenamos podré hablarle de nuestra visita a Kenneth Asner y de la impresión que

el tipo nos causó. Y también de la impresión que nos causó Rhonda, la camarera pelirroja con la que Doris no simpatizaba. La joven asintió con la cabeza.

—De acuerdo, Nick. Acepto su invitación.

—Estupendo —sonrió el policía—. Haré todo lo posible para que no se arrepienta.

\* \* \*

El coche, un «Dodge» de segunda mano, conducido por Kathy Parsons, enfermera de profesión, se detuvo justo frente al 480 de Morgan Street.

Bonnie Dobkin, la joven que iba al lado de Kathy, enfermera también, sonrió y dijo:

—Gracias por haberme traído a casa, Kathy.

—De nada, mujer.

—Nos veremos mañana.

—¿Piensas salir esta noche, Bonnie?

—No, voy a quedarme en casa, viendo la televisión. Estoy un poco cansada y quiero acostarme temprano..

—Peter y tú seguís enfadados, ¿eh?

—Así es.

—¿Cuándo vais a hacer las paces?

—Me temo que nunca. Kathy.

—¿Quieres decir que vuestra ruptura es definitiva...?

—Eso creo.

—Vaya, lo siento de veras.

Bonnie forzó una sonrisa.

—No te preocupes, Kathy.

—Hasta mañana, Bonnie. Y que descanses.

—Gracias.

Bonnie descendió del coche y se introdujo en el portal del edificio en donde vivía. Todavía llevaba su uniforme de enfermera, lo mismo que su compañera.

Kathy puso el «Dodge» en marcha y se alejó.

Bonnie se estaba introduciendo ya en el ascensor. Pulsó el botón de la cuarta planta y el artefacto mecánico se fue para arriba con rapidez.

El apartamento de la enfermera era el 18-A.

Bonnie extrajo la llave de su bolso y abrió, encendiendo las luces.

El apartamento, aunque de reducidas dimensiones, era confortable y acogedor. La enfermera se introdujo en el

dormitorio y se despojó del uniforme, quedando en ropa interior. Antes de enfundarse la bata, se desprendió también del sujetador, conservando únicamente su prenda más íntima.

Bonnie salió del dormitorio, pasó al living, y se acercó al mueble-bar, para servirse una copa antes de cenar. También pensaba darse una ducha, pero le apetecía primero la copa.

Se la había servido ya, cuando sonó el timbre del apartamento.

Bonnie se quedó muy quieta, preguntándose quién podría ser.

¿Kathy, tal vez...?

¿Peter Armstrong, su ex novio...?

Intrigada, la enfermera dejó la copa sobre el mueble-bar y acudió a abrir. Desde luego, si era Peter, no pensaba dejarle entrar.

Bonnie no deseaba reanudar sus relaciones con él.

Y se lo dijo bien claro, la última vez que discutieron.

La enfermera alcanzó la puerta y abrió, llenándose de terror al ver que se trataba de un hombre con su personalidad encubierta por un pasamontañas.

Sólo quedaban visibles sus ojos.

Unos ojos negros, brillantes, de asesino...

Y Bonnie no dudó de que lo era, porque el tipo esgrimía una reluciente y afilada navaja de afeitar.

La enfermera sintió deseos de chillar a pleno pulmón, pero antes de que pudiera hacerlo, el individuo del pasamontañas le puso el filo de la navaja en el cuello y advirtió:

—Si gritas o te mueves, te rajo la garganta y dejo que te desangres como un pollo.

Bonnie, naturalmente, no gritó ni se movió.

La amenaza era demasiado seria.

Y la enfermera estaba segura de que el tipo la cumpliría si ella no obedecía.

El asesino la empujó suavemente con su mano izquierda y penetró en el apartamento, cerrando inmediatamente la puerta.

—Vamos al dormitorio —indicó, sin retirar el filo de su navaja de la garganta de la enfermera.

Bonnie retrocedió lentamente.

Le temblaba todo y estaba muy pálida.

Lo de ir al dormitorio, le hizo pensar que el tipo pretendía violarla. Pero esto, aun siendo terrible, le preocupaba menos a Bonnie que lo que pudiera suceder después.

¿La dejaría con vida el violador y se marcharía, una vez satisfechos sus sucios deseos... ?

¿La golpearía...?

¿La mataría, con su navaja de afeitar...?

Esto último era lo que más temía la enfermera.

Sólo tenía veintitrés años y no quería morir tan joven, cuando todavía tenía prácticamente toda la vida por delante.

Caminando hacia atrás, Bonnie llegó al dormitorio y entró en él.

El tipo también entró y cerró la puerta con su mano izquierda, porque con la derecha seguía amenazando a la enfermera.

—Retrocede hacia la cama —ordenó.

Bonnie obedeció, convencida ya de que el individuo iba a abusar de ella. Cuando sus piernas toparon con la cama, se detuvo y esperó nuevas órdenes.

El asesino le abrió lentamente la bata y descubrió su cuerpo, prácticamente desnudo. Con esa misma mano, la izquierda, le acarició los senos.

Bonnie se estremeció perceptiblemente, y no precisamente de placer.

—Me gustan tus pechos —dijo el tipo—. No ¡os tienes muy grandes, pero son consistentes, suaves, hermosos...

La enfermera hizo un esfuerzo y consiguió decir:

—Haga conmigo lo que quiera, pero no me mate, se lo suplico.

—Quítate la bata —ordenó el asesino.

—Sí.

Bonnie la hizo resbalar por sus hombros y la bata cayó al suelo.

—Fuera esto, también —siguió ordenando el tipo, al tiempo que tiraba ligeramente del elástico de las braguitas de la enfermera.

Bonnie se despojó de ellas y quedó completamente desnuda.

El asesino posó su mano en lo que acababa de quedar al descubierto y la mantuvo allí.

—¿Te vas a mostrar complaciente conmigo, nena? —preguntó, mientras la acariciaba íntimamente.

—Sí —musitó Bonnie, con la mirada baja, porque la vergüenza le impedía mirar a los ojos al tipo.

—Echate en la cama —ordenó el asesino.

La enfermera obedeció.

El tipo se inclinó sobre ella, como si fuera a acariciarle el cuerpo, pero, lo que realmente hizo, fue soltarle un feroz navajazo en la garganta.

Un torrente de sangre brotó de la espantosa herida, mientras los ojos de Bonnie parecían salirse de sus órbitas.

Un segundo navajazo partió literalmente en dos el seno derecho de la enfermera. Después, el asesino le destrozó el pecho izquierdo, el vientre, los muslos...

Bonnie estaba ya muerta, pero la navaja de afeitar siguió cayendo con furia sobre su ensangrentado cuerpo, destrozándolo más y más, para satisfacción del sádico asesino.

## CAPITULO VI

Eddy Fargo había hecho sonar el timbre del apartamento 22 B, en el 315 de Presstman Street. Era, si Rhonda Edison no había mentido, el domicilio de la pelirroja camarera.

Y, como no tenía por qué mentir, la puerta se abrió y Rhonda se dejó ver, luciendo una corta bata de baño que, descuidadamente cerrada, le permitía exhibir una parte importante de sus encantos. ¿Descuidadamente...?

No, más bien deliberadamente, puesto que no hizo absolutamente nada por cerrársela mejor cuando vio al policía con los ojos clavados en su aireado busto.

—Detective Fargo... —dijo, sonriéndole como una profesional del amor.

Eddy apartó la mirada del tentador busto de la camarera y le devolvió la sonrisa.

—Hola, Rhonda.

—Qué agradable sorpresa.

—Ya le dijimos que tal vez le hiciéramos una visita.

—¿Dónde está su compañero, el detective Turner?

—Investigando.

—Así que ha venido usted solo, ¿eh?

—Efectivamente.

—Me alegro.

—¿Por qué?

—El interrogatorio será más íntimo.

Eddy rió.

—No he venido a interrogarla, Rhonda. Sólo a hablar con usted unos minutos.

—Le concederé todos los que quiera. Vamos, pase usted, detective Fargo —invitó la camarera, haciéndose a un lado.

—Gracias, muy amable —respondió el policía, entrando en el apartamento—. Y puede llamarme Eddy, si lo prefiere.

—Claro que sí. Lo de «detective Fargo», queda muy largo.

—Estoy de acuerdo.

Rhonda lo cogió familiarmente del brazo.

—Venga conmigo. Eddy.

El policía se dejó llevar hasta el living.

—Sentémonos en el sofá —dijo la camarera.

Lo hicieron y los torneados muslos de la pelirroja quedaron totalmente al descubierto. Fargo pudo verle hasta el slip lila, lo que le obligó a carraspear.

Rhonda se cerró un poco la bata.

Tan poco, que siguió enseñando prácticamente lo mismo.

—¿Le sirvo algo de beber, Eddy? —sugirió.

—No, gracias.

—¿Porque está de servicio...?

—No, no es por eso. Es que no me apetece.

—Bueno, si le apetece cualquier otra cosa, dígamelo. Quiero que se considere usted en su casa.

Fargo pensó que le apetecían muchas cosas, pero como todas pertenecían a la anatomía de la camarera, no pidió ninguna, limitándose a decir:

—Tanta amabilidad me abruma.

—No lo digo por cumplido, ¿eh? —aseguró la pelirroja—. Cuando yo ofrezco algo, lo ofrezco de corazón.

—Muy agradecido, Rhonda.

—Bien, ¿de qué quiere que hablemos, Eddy?

—En primer lugar, de la cafetería donde usted trabaja. Pasé por allí hace un rato y la encontré cerrada.

—Sí, el señor Asner decidió cerrarla a las ocho. Comprendió que yo no podía aguantar los dos turnos. Empecé esta mañana, a las ocho, y no hubiera podido resistir hasta las doce de la noche. Y como la cafetería, sin camarera, no puede funcionar, el señor Asner me pidió que aguantara hasta las ocho de la tarde y me prometió que a esa hora cerraríamos. Mañana, seguramente, tendrá ya una sustituta para la pobre Doris y podrá mantener abierta la cafetería hasta la hora de costumbre —explicó Rhonda.

—Entiendo.

—¿Qué más quiere saber, Eddy?

—¿Siente Kenneth Asner algo especial por usted, Rhonda?

—¿Quiere decir si le gusto...?

—Eso es —asintió Fargo.

—Creo que sí, aunque la verdad es que hasta hoy no me lo demostró.

—¿Qué pasó?

—Deslizó su mano por debajo de mi uniforme de camarera y me toqueteó el trasero.

—¡Qué descarado!

—Lo mismo le dije yo, pero él no retiró su mano.

—¿Y qué hizo usted...?

—No podía enfadarme, compréndalo. El señor Asner es mi jefe. Además, minutos antes me había comunicado que va a subirme el sueldo. Si me hubiera mostrado ofendida por el toqueteo de trasero, lo más probable es que se hubiese echado atrás con lo del aumento. Y hasta me podría haber costado el empleo.

—¿Usted cree...?

—Es muy posible, sí.

—Bien, hablemos ahora de Doris. ¿Le gustaba también a Kenneth Asner...?

—Supongo que sí, aunque no sé si también le toquetearía el trasero de vez en cuando o no. Yo diría que no, porque Doris no solía dar facilidades a los hombres en ese sentido. Ni siquiera al señor Asner, aunque...

—Continúe, Rhonda.

—No, iba a decir que, por ser el jefe, tal vez le consintiera algún atrevimiento cuando se quedaban solos en la cafetería. La verdad es que no lo sé.

—Una pregunta más, Rhonda.

—Adelante.

—¿Con qué se afeita el señor Asner? ¿Con maquinilla eléctrica o con cuchilla?

—Con ninguna de las dos cosas.

—¿No...?

—Se afeita con navaja.

Fargo le puso la mano en el muslo, de una manera inconsciente, y se lo apretó.

—¿Está segura?

—Sí, porque algunos días suele afeitarse en la cafetería y he visto que lo hace con navaja.

—Muy interesante.

—¿Se refiere a mi muslo?

—¿Qué?

—Me lo ha atrapado con su mano. Y me lo aprieta como si tuviera miedo de que se lo quitaran.

Fargo le soltó inmediatamente el muslo, al tiempo que carraspeaba con fuerza.

—Discúlpeme, Rhonda. Lo he hecho sin darme cuenta.

La camarera se echó a reír.

—No sea tonto, Eddy. Puede acariciarme las piernas, si quiere. Y besarme, también.

—¿De veras?

—Suponiendo que le guste lo suficiente, claro.

Fargo le pasó el brazo por los hombros y empezó a acariciarle los muslos con la otra mano.

—Me gustas una barbaridad, Rhonda.

—Tú a mí también me gustas, Eddy —respondió la camarera, y le ofreció sus sensuales labios.

El policía la besó con ganas, mientras se decía que lo de hacer el amor con la atractiva pelirroja era sólo cuestión de minutos.

## CAPITULO VII

Nick Turner y Marion Vradý estaban cenando en un céntrico restaurante.

—Le va a costar muy caro, Nick —dijo ella.

—¿Por qué me amenaza? —preguntó el policía, poniendo cara de desconcierto.

Marion rompió a reír.

—¡Me refería a la cena!

Turner unió su risa a la de ella.

—¡Qué plancha!

—Ha sido un equívoco muy divertido.

—Me alegra que lo esté pasando bien conmigo, Marion.

—Estupendamente, de verdad.

—Yo también lo estoy pasando muy bien. Y no se preocupe por lo que pueda costarme la cena. No es que un policía gane mucho, pero de vez en cuando puedo permitirme el lujo de invitar a cenar a una chica bonita.

—La próxima vez, le invitaré yo a usted.

—Gracias, pero no puedo permitir que una mujer...

—Cenaremos en mi casa. Y la cena la prepararé yo.

—¡Oh, siendo así, aceptaré encantado!

—¿No teme que sea una mala cocinera...?

—En absoluto. Es más, estoy seguro de que me voy a chupar los dedos,

Marion alargó la mano y cogió la del detective,

—Gracias por haberme invitado, Nick. Lo hubiera pasado muy mal en casa esta noche, pensando en...

Turner puso su otra mano sobre la mano de ella y se la oprimió cálidamente.

—¿Por qué no nos tuteamos, Marion?

—Es una buena idea.

—Tengo planes para cuando acabemos de cenar.

—¿Qué clase de planes?

—No te pongas en guardia, que no es lo que estás pensando.

—¿Y cómo sabes tú lo que yo estoy pensando?

—No lo sé, pero lo adivino.

—Vamos, dime qué planes tienes.

—Cuando salgamos del restaurante.

—¿No puedes adelantármelos?

—No, quiero que sea una sorpresa.

—Espero que sea agradable.

—Lo será, no te preocupes.

—Está bien, no insistiré.

Acabaron de cenar, Nick Turner pagó la cuenta, y abandonaron el restaurante. Mientras caminaban hacia la playa de estacionamiento, el policía cogió de la mano a Marion Vradý y dijo:

—Hace una noche maravillosa, ¿verdad?

—Sí.

—Hay luna llena, brillan las estrellas en el cielo, y llevo de la mano a una chica preciosa. ¿Qué crees que me sugiere todo eso...?

—No sé.

Turner se detuvo, muy cerca ya de su coche, y cogió por los hombros a Marion, con suavidad. Después de mirarla a los ojos, fijamente, dijo:

—Esto es lo que me sugiere.

La besó en los ojos, primero suavemente y luego con vehemencia. Marion no rechazó el beso.

Y es que le complacía la acción del detective.

Desgraciadamente, el beso fue interrumpido por alguien que agarró del hombro a Turner, con brusquedad, y le obligó a separarse de Marion.

Y, antes de que el policía pudiera hacer nada por evitarlo, el puño derecho del tipo se estrelló en su mentón y lo envió irremisiblemente al suelo.

\* \* \*

Marion Vradý miró al hombre que acababa de golpear a Nick Turner y exclamó:

—¡Ronald!

El tipo, de unos veintinueve años de edad, elevada estatura y complexión atlética, no mal parecido, aunque en aquellos momentos tenía una expresión realmente fiera, le dio una dura bofetada y la hizo caer también al suelo.

—¡Eres una zorra, Marion! —rugió.

Turner se puso rápidamente en pie. Le había dolido mucho más la bofetada que el tipo acababa de propinarle a Marion, que el puñetazo que le atizara a él.

—¡Yo te enseñaré a tratar a las mujeres, cobarde! —barbotó, y saltó sobre el individuo.

El tal Ronald intentó golpear de nuevo al policía, pero éste desvió el puño con su antebrazo izquierdo y le conectó un derechazo a la mandíbula.

El tipo salió despedido, aunque no llegó a perder el equilibrio, al apoyarse en uno de los coches estacionados.

—¡Bastardo! —ladró, con los ojos llameantes de furia, y se lanzó contra el detective.

Turner esquivó nuevamente el ataque del individuo, agachando la cabeza con rapidez, y respondió con un doloroso golpe al estómago de su rival.

Ronald se encogió, dando un rugido, y el policía le atizó dos puñetazos seguidos en el rostro, obligándolo a dar con sus huesos en el suelo.

El tipo quedó medio aturdido, sin fuerzas para levantarse, por lo que Turner se ocupó de Marion, ayudándola a ponerse en pie.

—¿Estás bien, Marion?

—Sí.

—¿Seguro?

—Sólo me dio una bofetada.

—¿Quién es el tipo? ¿Por qué te golpeó y te insultó?

—Se llama Ronald Carmody. Tuve relaciones con él, hace algún tiempo, pero rompimos. Me di cuenta de que no era la clase de hombre que yo necesitaba para ser realmente feliz y se lo dije. A él le sentó muy mal, pero yo me mantuve firme en mi decisión y me negué a reanudar nuestras relaciones. No le quiero, pero él parece no aceptarlo y vuelve a la carga una y otra vez. Vio que me besabas y sufrió un ataque de ira. Por eso nos atacó.

—Entiendo.

—¡Cuidado, Nick! —gritó Marion, porque Ronald Carmody se había incorporado y ya se lanzaba nuevamente sobre el policía, deseoso de cobrarse los golpes recibidos.

Turner se revolvió con rapidez y le hizo frente. No pudo impedir que uno de los puños de Carmody llegara a su rostro, pero su réplica fue mucho más contundente y eficaz.

Puñetazo al hígado, gancho de derecha, y trallazo a la quijada.

Carmody salió catapultado, se estrelló violentamente contra un coche, rebotó en él, y cayó al suelo, quedando inmóvil. Esta vez, había perdido totalmente el conocimiento.

Turner se tocó el pómulo zurdo y rezongó:

—Un cabezota, este amigo tuyo.

Marion lo cogió del brazo.

—Vámonos de aquí, Nick.

—Puedes presentar una denuncia contra él, por agresión —sugirió el policía.

—No quiero hacerlo.

—Te seguirá molestando, Marion. Y es posible que te maltrate otra vez.

—Si vuelve a golpearme, lo denunciaré. Por lo que ha pasado esta noche, no.

—Está bien, como quieras.

Subieron al coche, Turner lo puso en movimiento, y se alejaron.

\* \* \*

Algunos minutos después, el detective miraba a Marion Vradý y decía:

—Estás muy callada, Marion.

—Es verdad —reconoció la joven.

—¿No sientes curiosidad por saber adónde te llevo?

—Sí, dímelo.

—Vamos a «La Colina de los Enamorados».

—¿Y qué pintamos nosotros allí, si no estamos enamorados?

—Te gustará el lugar, ya verás.

—¿Está cerca?

—Sí.

—No había oído hablar nunca de «La Colina de los Enamorados».

—Bueno, es que el nombre se lo he puesto yo —confesó Turner, con un carraspeo.

Marion sonrió.

—Eres un granuja, Nick.

—¿Por qué lo dices?

—Creo que no me llevas a ese lugar con muy buenas intenciones.

—Con las mejores, te lo aseguro. Pero, si no te fías de mí, no tienes más que decirlo. Daremos media vuelta y te llevaré a casa.

—No, quiero ir a «La Colina de los Enamorados» y ver qué pasa. Si no me gusta estar allí, te lo diré.

—¿Te gusta estar conmigo, Marion?

—Sí.

—Entonces, te gustará estar allí —aseguró el policía, y siguió dirigiendo el coche hacia «La Colina de los Enamorados».

## CAPITULO VIII

El coche se había detenido ya en lo alto de la colina. Desde allí arriba, se veían miles de luces.

La panorámica era realmente maravillosa.

—¿Qué, te gusta el lugar o no? —preguntó Nick Turner.

—Muchísimo —respondió Marion Vradý—. Aunque no veo más coches, con parejas de enamorados. ¿Estamos solos en la colina...?

—Eso parece.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé, pero yo me alegro de que estemos solos, —No digas eso o volveré a pensar mal de ti, Nick. Turner le pasó el brazo por los hombros y preguntó: —¿Qué puedes temer de un policía?

—Todo, porque eres un hombre como los demás. —¿Piensas que intentaré seducirte?

—Tal vez.

—No. puedes estar tranquila. Me gustas mucho. Marion, pero me conformaré con unos besos.

—¿Seguro?

—Te doy mi palabra.

—Otra cosa te daré yo. como no sea verdad.

Turner sonrió.

—Puedes confiar en mí, Marion —dijo, y la besó.

Ella le devolvió el beso.

Aquél, y los que vinieron después, que fueron bastantes, porque la paz y la belleza del lugar invitaba precisamente a eso, a besarse y acariciarse una y otra vez.

Llevarían una media hora en la colina, cuando Turner sugirió:

—¿Regresamos, Marion?

—¿Tan pronto...?

El policía rió.

—Te encuentras a gusto aquí, ¿eh?

—Mucho.

—¿Ya no tienes miedo de que te seduzca...?

—Nunca lo he tenido —confesó Marion, y le dio un beso.

Turner le acarició el cabello.

—A mí también me gustaría quedarme un rato más, Marion, pero no puede ser.

—¿Por qué?

—Quedé con Eddy Fargo, mi compañero de investigación. Y se enfada bastante, cuando le hago esperar.

—Qué lástima.

—Volveremos otra noche, si quieres.

—Me encantará.

—Bien, dile adiós a «La Colina de los Enamorados».

—No, le digo hasta pronto.

Turner la besó y puso el coche en marcha, haciéndolo descender de la colina.

\* \* \*

Eddy Fargo paseaba por delante del 602 de Morgan Street, con un cigarrillo en los labios. Llevaba unos quince minutos esperando a Nick Turner, pero no estaba en absoluto enfadado por el retraso de su compañero.

Y no lo estaba porque pensaba en Rhonda Edison, la pelirroja camarera, y en lo bien que lo había pasado con ella. Esa era la razón de su buen humor.

De pronto, apareció el coche de Nick Turner.

Fargo arrojó el cigarrillo y se acercó al vehículo, que su compañero ya estaba estacionando. Turner salió del coche, siendo imitado por Marion.

—Hola. Eddy.

—¿Qué tal, Nick?

—¿Hace mucho que esperas?

—No, sólo unos minutos.

—Te presento a Marion Vradý.

—Mucho gusto —dijo Fargo, tendiéndole la mano a la joven.

Ella se la estrechó, con una amable sonrisa.

—El gusto es mío, detective Fargo.

—Puedes llamarle Eddy —sugirió Turner—. Lo prefiere.

—Desde luego —sonrió Fargo.

—Lo tendré en cuenta —dijo Marion.

Turner la cogió del brazo.

—Te acompaño hasta arriba, Marion. Bajo en seguida. Eddy.

—Bien.

—Buenas noches, Eddy —se despidió la joven.

—Buenas noches, Marion —respondió Fargo.

Nick y Marion se introdujeron en el edificio. Mientras esperaba a su compañero, Fargo encendió otro cigarrillo y reanudó su paseo por la acera, pensando nuevamente en Rhonda Edison y en el magnífico rato que había pasado con ella.

Turner apareció a los pocos minutos, fumando también un cigarrillo.

—Ya me tienes aquí, Eddy.

—¿Cómo lo has pasado con Marion. Nick?

—Muy bien, ¿Y tú, con Rhonda...?

—¡Fenomenal!

Turner rió.

—Te dio facilidades, ¿eh?

—¡Todas!

—Es una fresca, no hay duda.

—¡Un volcán, eso es lo que es!

—¿Pudiste apagarlo...?

—Hasta la última llamita.

Turner volvió a reír.

—Deberías ser bombero, en vez de policía.

—¡Buen chiste! —exclamó Fargo, riendo también.

—Bien, dime qué averiguaste, además de que la pelirroja es una descarada y una fogosa.

—Varias cosas, Nick. Pero, la más importante, que Kenneth Asner nos mintió cuando dijo que se afeitaba con cuchilla. ¡Se afeita con navaja!

—¿Estás seguro?

—Me lo dijo Rhonda, que lo ha visto afeitarse algunas veces en la cafetería.

—Eso lo hace mucho más sospechoso, ¿verdad?

—Naturalmente. Tan sospechoso, que yo no tengo apenas dudas de que él asesinó a Doris Lenton. Y quizá lo hizo porque ella no le permitía toquetearle el trasero.

Turner se quedó mirando a su compañero.

—¿Por qué dices eso, Eddy?

—A Rhonda se lo toqueteó esta mañana.

—¿Te lo dijo ella...?

—Sí. Claro que, según Rhonda, lo hizo hoy por primera vez.

—Me extraña.

—A mí también. Seguramente le ha manoseado la grupa más de una docena de veces. Y otras cosas, también. Con lo descarada que es esa pelirroja, y las facilidades que da, sólo un marica renunciaría a meterle mano.

Turner sonrió.

—Tendremos que hablar de nuevo con Kenneth Asner, Eddy.

—Sí, Nick. Y le obligaremos a confesar.

—Vamos a su cafetería.

—Está cerrada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me pasé por allí. Rhonda me explicó que Asner decidió cerrar su cafetería a las ocho en punto.

—¿Por qué tan pronto?

Fargo se lo explicó.

—Bien, entonces iremos a su casa —dijo Turner.

—¿Ahora?

—Sí.

—Está bien, vamos.

Se metieron los dos en el coche.

Turner se disponía a ponerlo en funcionamiento, cuando Fargo lo agarró del brazo y dijo:

—Un momento, Nick.

—¿Qué ocurre?

—No me había dado cuenta hasta ahora, pero tienes un par de señales de golpes en la cara.

—¿De veras?

—¿Qué pasó, Nick?

—Tuve una pelea a la salida del restaurante en donde cenamos Marion y yo.

—¿Con quién?

—Con su ex novio.

—¿El ex novio de Marion...?

—Sí, eso dijo ella, que había tenido relaciones con ese tipo. Se llama Ronald Carmody y es un elemento peligroso, violento, agresivo. Me atacó por sorpresa y no fue fácil reducirlo, aunque finalmente lo conseguí.

—También fue mala suerte que os tropezarais con él. ¿O no fue un encuentro casual...?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, tal vez el tipo os siguió desde que salisteis, para saber adónde ibais y lo que hacíais.

—No se me había ocurrido —murmuró Turner.

—¿Te atacó sólo porque sí?

—Cuando estaba besando a Marion.

—¡Ah, bribón! —exclamó Fargo—. Así que la estabas besando, ¿eh?

—Tú hiciste muchas más cosas con Rhonda, así que cierra el pico

—sonrió Turner, y puso el coche en marcha.

## CAPITULO IX

Kenneth Asner vivía en el 218 de Mulberry Street, una calle próxima a su cafetería, lo cual suponía una ventaja para él, ya que no tenía necesidad de madrugar demasiado para acudir a su negocio y abrir las puertas.

Nick Turner detuvo el coche frente al edificio y paró el motor.

—¿Estará en casa, Eddy?

—Seguro que sí —respondió Fargo—, Y hasta es posible que lo saquemos de la cama.

—Que se aguante.

—Lo mismo digo.

Salieron los dos del coche y penetraron en el edificio. Utilizaron el ascensor, ya que el apartamento de Kenneth Asner. el 12-G. estaba en la tercera planta.

Una vez en ella, Turner pulsó el timbre del apartamento de Asner. Un minuto después, la puerta seguía cerrada.

—Parece que el tipo no está, Eddy.

—O que no quiere abrirnos —repuso Fargo—. Insiste, Nick.

Turner oprimió de nuevo el timbre, haciéndolo sonar más largamente.

Pasó otro minuto y todo seguía igual.

—¿Qué hacemos, Eddy?

—Abrir por nuestra cuenta. Estoy seguro de que Asner está en su apartamento.

—De acuerdo, utiliza tu magnífico juego de ganzúas.

Fargo lo extrajo del bolsillo izquierdo de su chaqueta y eligió la ganzúa más adecuada para el tipo de cerradura que ofrecía la puerta del apartamento de Kenneth Asner.

Se disponía ya a hacer uso de ella, cuando la puerta se abrió y el dueño de la cafetería se dejó ver, en pijama y con el pelo revuelto, el gesto somnoliento.

—Oh, son ustedes... —dijo, con voz poco clara.

Turner carraspeó, mientras Fargo ocultaba velozmente su completo juego de ganzúas.

—¿Se había acostado ya, señor Asner?

—Sí, estaba en la cama. Y me hallaba profundamente dormido. Habrán tenido que llamar más de una vez, ¿verdad?

—Dos veces.

—Me despertó la segunda.

—Es que la llamada fue más larga —dijo Fargo.

—¿Cómo es que han venido a verme a estas horas...?

—Sentimos haberle sacado de la cama, señor Asner. pero no podíamos esperar hasta mañana —respondió Turner.

—¿Tan urgente es lo que tienen que decirme?

—Sí.

—Está bien, pasen.

Turner y Fargo entraron en el apartamento de Kenneth Asner, donde reinaba el desorden. El dueño de la cafetería cerró la puerta y se pasó la mano por el cabello.

—¿Qué quieren decirme? —preguntó.

—¿Por qué nos mintió usted, señor Asner? —preguntó a su vez Turner.

—¿Qué?

—Nos dijo que se afeitaba con cuchilla.

—Y se afeita con navaja —habló Fargo.

Kenneth se puso muy nervioso.

—No es cierto —negó—. Yo no me afeito con navaja. Siempre he usado cuchilla.

Turner movió la cabeza.

—Nos está mintiendo de nuevo, señor Asner. Hemos hecho averiguaciones y sabemos que se afeita con navaja.

—Les han engañado. Yo les juro que...

—Echaré un vistazo al cuarto de baño —dijo Fargo—. No le importa, ¿verdad, señor Asner?

Kenneth, cada vez más nervioso, no respondió.

Fargo echó a andar.

Sólo había dado dos pasos, cuando Asner golpeó en el estómago a Turner, quien, pillado por sorpresa, no pudo hacer nada por esquivar el puñetazo.

El policía emitió un rugido de dolor y se encogió, agarrándose el estómago. Asner le soltó un mazazo en la nuca y el detective se desplomó, quedando tendido en el suelo.

Fargo se había vuelto, pero el ataque de Asner fue tan rápido, que el policía no pudo salir en defensa de su compañero. Asner le atacó también.

El detective se vio arrollado por el dueño de la cafetería, que poseía la fortaleza de un toro. Cayeron los dos al suelo y cambiaron algunos golpes en él.

Fargo fue el primero en incorporarse.

Asner le imitó en seguida, pero el policía le sacudió con la derecha y lo mandó nuevamente al suelo.

—¡Maldito! —rugió Kenneth, irguiéndose de nuevo.

Fargo disparó otra vez el puño derecho, pero Asner burló el golpe y le cazó con la zurda, haciéndolo trastabillar.

Asner intentó repetir el golpe, ahora con la derecha, pero el policía ladeó la cabeza a tiempo y el puño de su rival le pasó por encima del hombro.

La izquierda de Fargo entró en acción, incrustando se en el hígado de Asner, quien se dobló en el acto, dando un bramido de elefante. El detective le castigó duramente el rostro.

Asner se tambaleó.

Estaba prácticamente vencido.

Fargo se dio cuenta de ello y puso dinamita en su puño diestro, antes de conectárselo a Asner entre ceja y ceja.

El zambombazo, tremendo, obligó al dueño de la cafetería a poner los ojos bizcos y derrumbarse como una pared. Quedó tendido en el suelo, boca arriba, con los brazos en cruz, absolutamente inmóvil.

Había perdido el conocimiento.

\* \* \*

Nick Turner, ayudado por Eddy Fargo, volvió en sí y se incorporó. Miró a Kenneth Asner, que seguía inconsciente.

—Pudiste con él, ¿eh?

—Sí, pero me dio mucho trabajo —confesó Fargo—. Es muy fuerte, sabe pelear, y golpea muy duro.

—A mí no tienes que decirme lo duro que golpea —rezongó Turner, agarrándose la nuca con una mano y el estómago con la otra.

—Quiso evitar que echara el vistazo a su cuarto de baño, para que no encontrara la navaja —dijo Fargo.

—Hazlo ahora, Eddy. Yo vigilaré al tipo.

—Bien.

Fargo fue al cuarto de baño.

Tan sólo un par de minutos después, regresaba con una navaja de afeitar en las manos.

—La encontré. Nick.

—Veremos qué dice Asner, cuando despierte.

—No tendrá más remedio que confesar que él asesinó a Doris Lenton.

—Reanímalo. Eddy. Pero, antes, colócale las esposas. Ya ha demostrado lo peligroso que es.

—Desde luego.

Fargo tomó sus esposas y se las puso al dueño de la cafetería, después de colocarlo boca abajo y ponerle las manos en la espalda. Luego, le dio nuevamente la vuelta y trató de reanimarlo, pero Asner no volvía en sí.

—No despierta, Nick.

—Le diste fuerte, ¿eh?

—Muy fuerte, sí —confesó Fargo—. Era la única manera de reducirlo.

—En la nevera habrá agua fría. Echase la y verás como abre los ojos.

—Buena idea.

Fargo se acercó al frigorífico, lo abrió, y tomó la botella del agua, que, efectivamente, estaba fría, muy fría. Regresó junto a Asner, abrió la botella, y dejó caer el agua sobre su cara.

La cosa dio resultado casi en seguida, ya que el dueño de la cafetería tardó sólo unos segundos en abrir los ojos y agitar la cabeza, antes de ponerse a toser como un caballo.

—Es suficiente, Eddy —dijo Turner.

Fargo dejó de echar agua helada sobre el rostro del tipo. Después, le mostró la navaja de afeitar y preguntó:

—¿Reconoce esto, Asner?

—¡Yo no asesiné a Doris! —gritó Kenneth.

—¿No?

—¡Lo juro!

—¿Y por qué nos mintió, asegurando que se afeitaba con cuchilla?

—¡Para que no pensasen que la había matado yo!

—¿Por qué íbamos a sospechar de usted, Asner? —preguntó Turner.

—¡Ya sospechaban, cuando entraron en mi cafetería!

—No es cierto.

—¿Y por qué me preguntaron de buenas a primeras si me afeitaba con navaja o con maquinilla eléctrica?

—Era simplemente eso, una pregunta.

—¡No les creo! ¡Sospechaban ya de mí!

—Se equivoca. Asner. Empezamos a sospechar cuando averiguamos que nos había mentado, que no se afeitaba con cuchilla, sino con navaja. Y nuestras sospechas se confirmaron cuando nos atacó usted.

—Confiese que asesinó a Doris Lenton. Asner —dijo Fargo.

—¡No, yo no la maté!

—¿Por qué cometió un crimen tan horrendo? —preguntó Turner.

—. ¿Tal vez porque Doris le rechazó, cuando le propuso usted irse a la cama?

—¡Yo jamás le propuse eso! —mintió Kenneth—. ¡De habérselo propuesto a alguien, se lo habría propuesto a Rhonda, que me gusta más! ¡Doris no me gustaba ni la mitad que ella!

Turner y Fargo cambiaron una mirada.

Después, el primero indicó:

—Quítale las esposas. Eddy.

## CAPITULO X

Eddy Fargo pestañeó.

—¿Que le quite las esposas, dices?

—Sí, quiero que lo sueltes —asintió Nick Turner.

—¡Es culpable, Nick!

—Yo también lo creo, pero no tenemos pruebas contra él.

—¡Tenemos la navaja de afeitar!

—Miles de hombres, en Chicago, se afeitan con navaja. Y eso no es ningún delito, Eddy.

—¡Pero Doris Lenton trabajaba en la cafetería de Asner! ¡Y Asner nos mintió! ¡Y nos atacó!

—Ya nos ha explicado por qué.

—¿Y a ti te convenció lo que dijo?

—No.

—¿Entonces...?

—Hazme caso, Eddy. Quítale las esposas. Si es realmente culpable, como nosotros pensamos, no tardaremos en encontrar la prueba que nos permita encarcelarle legalmente.

—¿Y si desaparece, mientras tanto...?

—Sería la mejor prueba de que es culpable, así que le seguiremos el rastro, lo atraparemos, y lo meteremos entre rejas.

Fargo soltó un gruñido.

—Está bien, como quieras —rezongó, y le quitó las esposas al dueño de la cafetería.

—Vámonos, Eddy. Y no olvides devolverle la navaja al señor Asner. La necesitará por la mañana, para afeitarse.

Fargo se la devolvió, aunque de mala gana.

—¡Así se rebane la nuez con ella! —deseó.

Turner lo agarró del brazo y tiró de él, al tiempo que advertía:

—No intente escabullirse, Asner, porque no le serviría de nada. Sólo para demostrar su culpabilidad.

—¡Les repito que yo no maté a Doris! —gritó Kenneth, sentado en el suelo.

—Nos pasaremos mañana por su cafetería. Y, por su bien, procure que esté abierta. Buenas noches, señor Asner —se despidió Turner, y él y Fargo abandonaron el apartamento.

Mientras descendían en el ascensor, Fargo masculló:

—Teníamos que haberlo arrestado.

—No hay prisa, Eddy.

—Se nos puede escapar. Y no será tan fácil dar con él.

—Ojalá lo intente. Lo estaremos vigilando día y noche, y si comete la torpeza de intentar salir de Chicago, le cazaremos y ya no podrá negar que él asesinó a Doris Lenton.

El ascensor llegó abajo y ambos policías salieron de él, ganaron la acera, y se introdujeron en el coche. Turner lo puso en movimiento, pero sólo para alejarlo de la entrada del edificio, estacionándolo a la distancia ideal para vigilar el portal.

—Nos quedaremos aquí, Eddy.

—¿Toda la noche?

—Sí.

—Lo que faltaba —rezongó Fargo.

—¿Qué te pasa, compañero?

—Rhonda me hizo gastar un montón de energías, ¿sabes?

—Ya lo supongo —sonrió Turner.

—Encima, la pelea con Asner.

—Muy dura, sí.

—Necesito descansar, Nick. Y dormir.

—Ponte cómodo y duerme cuanto quieras. Yo vigilaré. Y si veo salir a Asner, ya te despertaré.

—¡Es una cama lo que yo necesito!

—Lo siento, pero esta noche no la vas a tener. Bueno, a lo mejor, sí, porque si Asner es culpable, intentará huir esta misma noche. En cuanto recoja lo imprescindible.

—¿Tú crees?

—Hombre, yo en su lugar no perdería un solo minuto. Siendo culpable, claro. Quedarse a esperar que encontremos alguna prueba contra él y lo metamos entre rejas, sería estúpido.

—Bueno, pues si tiene que huir, que lo intente pronto —rezongó Fargo—, Así aún podremos irnos a casa y dormir a pierna suelta en nuestras respectivas camas.

—A mí también me gustaría, ¿sabes? —confesó Turner—, Recibí golpes de Ronald Carmody, el ex novio de Marion, y de Kenneth Asner, así que también necesito descanso.

—No tanto como yo, porque tú no quemaste energías con Marion, mientras que yo, con Rhonda, las quemé casi todas.

—¡Por querer ser un bombero de primera! —replicó Turner, riendo y haciendo reír también a Fargo.

\* \* \*

Hacía ya más de una hora que Nick Turner y Eddy Fargo habían abandonado el apartamento de Kenneth Asner, pero éste no salía del edificio.

Turner no apartaba los ojos del portal, mientras fumaba un

cigarrillo tras otro, para no quedarse dormido. A su lado, Fargo dormía profundamente.

Era aburrido vigilar así, sin poder hablar con nadie.

Y más, a aquellas horas de la noche, cuando el tráfico, en la mayoría de las calles de la ciudad, era prácticamente nulo.

Turner echó la cabeza hacia atrás, al tiempo que se masajeaba la nuca. Le seguía doliendo, aunque menos. También acusaba todavía el golpe que recibiera en el estómago.

—Condenado Asner... —rezongó.

Después, consultó su reloj.

La tardanza de Kenneth Asner en abandonar el edificio empezó a preocuparle. Tendría que haber salido ya, si realmente pensaba escapar del castigo de la justicia.

¿No tendría intención de huir...?

¿Se arriesgaría a quedarse...?

¿Sería inocente...?

Los minutos siguieron transcurriendo.

ES reloj de Turner señaló las dos.

Las tres.

Las cuatro...

Turner, que ya no podía resistir más, despertó a Fargo, quien había dormido todo ese tiempo de un tirón. —Eddy...

—¿Qué pasa? ¿Ha salido ya Asner...?

—No, todavía no.

—¿Qué hora es, Nick?

—Las cuatro.

Fargo respingó.

—¿Has dicho las cuatro...?

—Sí.

—¿Y todavía estamos aquí...?

—¿Dónde quieres que estemos?

—¡En la cama!

—Tú has dormido como si estuvieras en ella, así que no te quejes y empieza tu turno de vigilancia, que ahora me toca dormir a mí un poco.

Fargo masculló una imprecación.

—Con que Asner iba a salir en seguida, ¿eh?

—Lo siento, me equivoqué.

—Si me hubieras hecho caso...

—No quiero discutir, sino dormir —dijo Turner.

Y se durmió.

\* \* \*

A las ocho menos cuarto de la mañana, Kenneth Asner salía del

edificio, bien vestido, bien peinado, y bien afeitado. Al verle aparecer, Eddy Fargo dio un respingo y zarandeó a su compañero.  
—¡Despierta, Nick!

Turner abrió los ojos al instante.

—¿Qué ocurre?

—¡Ahí tenemos a Asner!

Turner lo vio introducirse en un Ford marrón, estacionado frente al edificio.

—No parece nervioso, ¿verdad? —comentó.

—No, yo lo veo bastante tranquilo —respondió Fargo.

—Lo seguiremos.

El Ford marrón arrancó y ganó velocidad, aunque no excesiva.

El coche de los policías fue tras él, manteniendo una distancia prudente.

Kenneth Asner no se dirigió hacia ninguna de las salidas de la ciudad, sino hacia su cafetería, frente a la cual estacionó su Ford.

Turner detuvo el coche.

Vieron salir a Asner, abrir su cafetería, y penetrar en ella.

—Parece que no tiene intención de huir, Eddy —murmuró Turner.

—Hemos perdido la noche tontamente —masculló Fargo.

—¿Será Asner inocente...?

—¡Ni hablar!

—¿Y por qué no huye?

—Debió adivinar que lo estaríamos vigilando y no quiere dar ese paso en falso.

—Mira, ahí llega Rhonda. Y parece fresca como una rosa.

—Es que las mujeres se recuperan muy pronto. Además, ella ha dormido en su cama, bien cómoda. Si hubiera pasado la noche en el asiento de un coche, y la mitad de ella despierta, no estaría tan fresca —gruñó Fargo.

—Supongo que no —sonrió Turner.

—Bien, ¿qué hacemos ahora, genio?

—Seguir vigilando. No podemos perder de vista a Asner —respondió Turner.

## CAPITULO XI

Un rato después, Nick Turner y Eddy Fargo recibían una llamada de Jefatura, por la radio instalada en el coche.

—Contesta tú. Eddy.

—Será el teniente Simpson.

—Seguro.

Fargo tomó el micro y abrió la radio, que dejó de emitir el zumbido de llamada.

—Aquí Turner y Fargo —dijo.

—Soy Simpson.

—Hola, teniente. Le habla Fargo.

—Acudid inmediatamente al 480 de Morgan Street, apartamento 18-A.

Fargo y Turner intercambiaron una mirada.

—¿Qué ha pasado, teniente? —preguntó el primero.

—El asesino ha vuelto a actuar.

—¿Qué asesino?

—El que vosotros andáis buscando. El de la navaja de afeitar.

—¿Qué...?

—la nueva víctima se llama Bonnie Dobkin. Era enfermera. Una compañera suya, llamada Kathy Parsons, la ha encontrado muerta hace apenas unos minutos. La halló en la cama, completamente desnuda y destrozada a navajazos. Exactamente igual que Doris Lenton, por lo que no hay duda de que lo hizo el mismo individuo. El asesino de Morgan Street. Lo llamo así porque ambos crímenes los cometió en la misma calle.

Turner apretó las mandíbulas.

—Dile que vamos para allá, Eddy —indicó, al tiempo que ponía el motor en marcha.

—Salimos hacia allí, teniente —comunicó Fargo.

—Llamadme después.

—Descuide.

El teniente Simpson cortó la comunicación y Fargo cerró la radio, dejando el micro en su sitio.

—El asesino de Morgan Street... —murmuró.

—Creo que nos equivocamos de hombre, Eddy —dijo Turner.

—¿Ya no sospechas de Kenneth Asner?

—Doris Lenton era su empleada, pero verás cómo no tenía ninguna relación con esa tal Bonnie Dobkin.

—Y si no la conocía de nada, ¿por qué iba a matarla?

Fargo no respondió.

Turner añadió:

—Creo que el asesino es un maníaco, Eddy. Un loco criminal que

mata por puro gusto, sin motivo alguno. Bueno, tal vez él, en su locura, crea que sí tiene un motivo para destrozar a navajazos a pobres chicas indefensas. A pobres chicas indefensas... de Morgan Street. ¿Será que el tipo vive en esa calle?

—Es posible.

—Pues esa posibilidad me preocupa, porque Marion Vradý también vive en Morgan Street. Y no quisiera que le ocurriese lo mismo que a Doris Lenton y esa infortunada enfermera.

—Yo tampoco.

Turner siguió conduciendo el coche a bastante velocidad, para llegar cuanto antes al 480 de Morgan Street.

\* \* \*

El espectáculo no podía ser más horrendo.

La cama entera era una gigantesca mancha de sangre. Y, en medio de ella, el cuerpo desnudo y también bañado en sangre de Bonnie Dobkin, lleno de heridas.

Unas heridas profundas, terribles, espantosas, causadas por la afilada navaja de afeitar del asesino, que se había ensañado horriblemente con su segunda víctima.

Aún más, incluso, que con la primera.

El fotógrafo del Departamento, pálido y estremecido, manejaba su cámara, tomando fotos del cuerpo destrozado de la pobre enfermera. El forense había llegado también y ya estaba sacando las primeras conclusiones.

—La asesinaron alrededor de las nueve —hizo saber—, Con el mismo tipo de arma que a la otra víctima. Una navaja de afeitar bien afilada. Se trata, por tanto, del mismo criminal.

Nick Turner y Eddy Fargo, que también se hallaban presentes, no hicieron ningún comentario. Entre otras cosas, porque lo que acababa de decir el forense ya lo sabían. Y, como había que tener un estómago de hierro para seguir contemplando la obra del sádico asesino,

Turner cogió del brazo a su compañero y tiró de él.

—Salgamos, Eddy.

—Sí, tampoco yo aguanto más —respondió Fargo.

Dejaron el dormitorio y fueron hacia el living, en cuyo sofá, sentada y con lágrimas en los ojos, aguardaba Kathy Parsons, la compañera de Bonnie Dobkin, vestida de enfermera.

—Soy el detective Turner —se presentó Nick.

—Yo soy Fargo —dijo Eddy.

La enfermera los miró a los dos y preguntó:

—¿Quién pudo cometer un crimen tan atroz?

—Lo averiguaremos, Kathy. Y atraparemos al asesino —prometió Turner.

—Puedes estar segura de ello —añadió Fargo.

La enfermera sollozó de nuevo y se llevó el pañuelo a los ojos.

—¡Es horrible!

Turner se sentó a su lado y le puso la mano en el hombro, oprimiéndoselo con suavidad.

—Trata de serenarte, Kathy. Queremos que nos hables de Bonnie.

La enfermera hizo un esfuerzo por contener sus lágrimas y explicó:

—Anoche acompañé a Bonnie a casa, en mi coche.

—¿Qué hora era? —preguntó Turner.

—Alrededor de las ocho y media. Quizá las nueve menos cuarto, no estoy segura. Le pregunté a Bonnie si pensaba salir y dijo que no, que se encontraba un poco cansada y quería acostarse temprano. Esta mañana, pasé a recogerla. Llamé un par de veces, pero no me abrió. Como la puerta no estaba cerrada con llave, entré y... Bueno, ya saben dónde y cómo la encontré.

Todavía no me explico cómo no me desmayé de la impresión. Soy enfermera, ya lo saben, pero jamás había visto nada tan horroroso. Además, yo sentía un gran afecto por Bonnie. Era una chica estupenda y una excelente amiga.

—¿Tenía algún amigo íntimo? —preguntó Fargo, que se había sentado en un sillón.

—Bonnie tuvo relaciones con un tal Peter Armstrong, pero discutieron y dejaron de verse —informó Kathy—. Precisamente anoche le pregunté cuándo iban a hacer las paces, y me respondió que nunca, que la ruptura era definitiva.

—¿Sabes dónde vive el tipo?

—No, pero sé dónde trabaja. Es mecánico y está empleado en un taller de la avenida Normount. Si no recuerdo mal, es el número 525.

—Hablairemos con él —dijo Turner.

—¿Puedo irme ya? —preguntó la enfermera.

—Sí, no tenemos más preguntas que hacerte —respondió Fargo—. Pero, antes de irte, danos tu dirección y tu número de teléfono, si tienes, por si queremos saber algo más.

Kathy les dijo dónde vivía y les dio su teléfono.

Después, abandonó el apartamento de la infortunada Bonnie.

Mientras se dirigían a la avenida Normount, Eddy Fargo dijo:

—Kenneth Asner cerró su cafetería a las ocho.

—Sí, eso dijiste —respondió Nick Turner.

—Pudo asesinar a la enfermera, pues.

—Pudo, pero no creo que lo hiciera. No tenía relación alguna con ella.

—No podemos estar absolutamente seguros de eso, Nick. Quizá la conocía.

—Se lo preguntaremos, cuando nos pasemos por su cafetería, y verás cómo no sabe quién era Bonnie Dobkin.

—¿Y vamos a creerle, porque él lo diga? Ya nos ha dicho varias mentiras.

—Veremos qué nos dice Peter Armstrong, el ex novio de Bonnie. Ya estamos llegando.

En efecto, el taller donde trabajaba Peter Armstrong estaba ya a la vista Turner detuvo el coche frente a él y salió del vehículo, siendo imitado por Fargo.

Entraron los dos en el taller, que era más bien modesto.

Un tipo joven, ataviado con un mono de mecánico manchado de grasa, estaba hurgando en el motor de un «Chevrolet» no demasiado nuevo, pero interrumpió su trabajo al ver entrar a la pareja de detectives.

—¿Peter Armstrong...? —preguntó Turner.

—Yo soy —respondió el mecánico.

—Somos policías.

Peter Armstrong se puso nervioso.

—¿Policías?

Turner y Fargo le mostraron sus placas.

El mecánico se pasó la lengua por los labios, como si de pronto se le hubieran quedado secos.

—¿Qué es lo que quieren de mí? —preguntó.

—Tenías relaciones con una enfermera llamada Bonnie Dobkin, ¿verdad? —preguntó Fargo,

—Sí, pero rompimos hace un par de semanas.

—Lo sabemos.

—¿Por qué me hablan de Bonnie Dobkin y de mis relaciones con ella?

—La asesinaron anoche —informó Turner.

El mecánico respingó.

—¿Que han asesinado a Bonnie...?

—En su propio apartamento, con una navaja de afeitar —añadió Turner.

—¿Con qué te afeitas tú, Peter? —preguntó Fargo.

La respuesta del mecánico fue estrellarle el puño en la mandíbula

y hacerlo rodar por los suelos.

## CAPITULO XII

Nick Turner pensó que Peter Armstrong le iba a sacudir también a él y se puso en guardia, pero el mecánico no le atacó.

—¿Siempre eres tan agresivo, Peter? —preguntó el policía.

—¡Su compañero ha insinuado que puedo ser el asesino de Bonnie Dobkin! —rugió el mecánico—. ¡Y no se lo consiento, por muy policía que sea!

—Cálmate, muchacho. Mi compañero no insinuó nada. Se limitó a preguntarte con qué te afeitabas.

—¡La pregunta estaba llena de mala intención!

—Y tu puño estaba lleno de nitroglicerina —masculló Fargo, que ya se había puesto en pie y se estaba masajeando el maxilar inferior.

—¡Usted se lo buscó!

—Vamos, Peter, serénate —insistió Turner—. Te aseguro que no sospechamos de ti.

—¿De veras?

—Díselo, Eddy, antes de que coja una llave inglesa y nos abra la cabeza a los dos.

—Le creo muy capaz —gruñó Fargo—. Es cierto, Peter. No tenemos ningún motivo para sospechar de ti.

Pero no sé por qué no quieres decirnos con qué te afeitas. Eso nos podría hacer sospechar de ti, ¿sabes?

—Me afeito con maquinilla eléctrica.

—¿Y por qué no lo dijiste antes...? Ahora no tendría ningún diente flojo.

Turner sonrió.

—Da gracias que no tenía la llave inglesa en la mano, Eddy.

—Las doy, las doy.

—Lo siento, no pude contenerme —se disculpó el mecánico—. Yo quería a Bonnie. La quería de verdad. Cuando oí que había sido asesinada, y que se me consideraba sospechoso, perdí el control y...

—Si querías a Bonnie, ¿por qué rompisteis? —preguntó Turner.

—Discutimos una noche. Por una tontería, pero nos enfadamos los dos. Nos dijimos cosas fuertes, como suele ocurrir en esos casos. Bonnie me dio una bofetada y yo, sin pensar, se la devolví.

—Vaya —rezongó Fargo.

—Hice mal, lo sé —reconoció el mecánico—. Le pedí disculpas a Bonnie, pero ella no me perdonó. Dijo que habíamos terminado para siempre. Insistí, pero no sirvió de nada. Bonnie no quiso que reanudáramos nuestras relaciones.

—Entiendo —dijo Turner.

—¿Quién pudo matarla? ¿Y por qué?  
—Estamos tratando de averiguarlo, Peter.  
—Si supiera quién lo hizo...  
—¿Qué harías?  
—Lo estrangularía con mis propias manos.  
—Seguro que podrías —opinó Fargo, tocándose de nuevo la mandíbula.

\* \* \*

Nick Turner y Eddy Fargo habían vuelto al apartamento de Bonnie Dobkin. El cuerpo de la enfermera había sido retirado ya, pero todas sus cosas seguían como estaban antes.

Turner y Fargo empezaron a revisarlo todo, con la esperanza de hallar alguna pista que les permitiese llegar hasta el asesino, pero no tuvieron suerte.

—Aquí no hay nada. Nick —rezongó Fargo.

—El tipo sabe hacer las cosas, Eddy. No deja huellas, no deja rastros, no deja pistas... En el apartamento de Doris Lenton tampoco encontramos nada.

—Si seguimos así, el teniente Simpson nos va a retirar su confianza.

—Descubriremos al asesino, no temas.

—Para mí, sigue siendo Kenneth Asner.

—Porque se afeita con navaja, ¿eh?

—Por eso, porque nos mintió, y porque nos atacó.

—Pues yo opino que Peter Armstrong tenía más motivos para asesinar a Bonnie Dobkin, que Kenneth Asner para asesinar a Doris Lenton. Y con esto no quiero decir que sospeche del mecánico. Pero tuvieron una seria discusión, se abofetearon, y Bonnie no quiso perdonar a su novio y reanudar sus relaciones con él. Y Peter pudo pensar eso de: «Si no has de ser para mí, no serás para nadie.» —También pudo pensarlo Asner, ¿no? —repuso Fargo.

—Es distinto, Eddy. Peter mantenía unas relaciones serias con Bonnie y seguramente pensaba casarse con ella, porque la quería. La ruptura, definitiva, pudo afectarle mucho. Y hasta hacerle perder la razón, que es lo único que justificaría el asesinato, horrible asesinato, de su novia. Kenneth Asner, en cambio, no mantenía relación alguna con Doris Lenton, o Marion Vradly lo hubiera sabido. Relación amorosa, se entiende. Sólo era su

empleada.

—Pero se da el caso que han sido asesinadas las dos, Doris y Bonnie.

—Efectivamente. Por eso no sospecho de Kenneth Asner ni de Peter Armstrong, porque el primero hubiera matado a Doris, pero no a Bonnie, mientras que el segundo hubiera asesinado a Bonnie, pero no a Doris.

Fargo se mesó el cabello.

—El caso se las trae, desde luego —rezongó.

—¿Sabes lo que temo. Eddy?

—No.

—La llegada de la noche.

—¿Por qué?

—El asesino puede volver a actuar.

—¿En Morgan Street?

—Parece su calle favorita, ¿no?

—Sí.

—Espero que no elija a Marion Vradý como tercera víctima.

—Si Marion corriese la misma suerte que Doris y Bonnie, tendríamos que sospechar de Ronald Carmody —dijo Fargo.

—¿De su ex novio...?

—Sí.

—¿Por qué?

—Hombre, según tú, es un tipo agresivo, violento y peligroso. Y debe ser cierto, pues no dudó en atacarte cuando vio que besabas a su ex novia.

—Sí, pero Ronald Carmody no tenía motivos para asesinar a Doris Lenton y Bonnie Dobkin.

—Quizá lo hiciera para practicar.

Turner lo miró severamente.

—No seas macabro, Eddy.

—Sólo ha sido una broma. Nick.

—Vámonos.

—¿Adónde? —preguntó Fargo.

—A comer algo en la cafetería de Asner.

\* \* \*

El coche de los policías estaba ya frente a la cafetería de Kenneth Asner. Antes de salir de él, Nick Turner preguntó:

—¿Le has comprado ya el par de medias a Rhonda, Eddy?

—No he tenido tiempo —respondió Fargo.

—Pero piensas comprárselas, ¿verdad?

—Desde luego. Aunque debo reconocer que Rhonda hizo méritos como para regalarle un par de abrigos, en vez de un par de medias.

Turner rió las palabras de su compañero.

—Vamos, bribón.

Salieron los dos del coche y penetraron en la cafetería.

Kenneth Asner los descubrió en seguida y se puso nervioso, igual que el día anterior. Los policías le saludaron con el gesto y ocuparon una mesa.

Rhonda Edison estaba sirviendo a un cliente, pero lo hizo con rapidez y fue hacia la mesa de los detectives, contoneándose y con la sonrisa en los labios.

—¿Qué tal, amigos?

—Yo, muy bien —respondió Turner—. Eddy, en cambio, está hecho polvo. ¿Por qué cree usted que será, Rhonda...? —preguntó, con ironía.

La pelirroja compuso un mohín malicioso.

—Yo le traté muy bien, detective Turner.

—Demasiado bien, me temo.

Fargo tosió.

—Tengo hambre. Nick. Encarga algo.

Turner hizo el encargo y la camarera fue hacia el mostrador.

Justo en ese momento. Kenneth Asner salía de detrás de él y se dirigía a la mesa de los policías, esforzándose por aparentar serenidad.

—No he abandonado la ciudad, como pueden ver —dijo, cuando estuvo frente a ellos

—Es usted un buen chico. Asner —respondió Turner.

—No tengo motivos para huir, aunque ustedes no me crean. Mi conciencia está tranquila.

—Pero usted, no —repuso Fargo.

—Su presencia me pone nervioso, no puedo evitarlo. Sé que me consideran sospechoso y...

—Háblenos de Bonnie Dobkin —pidió Turner.

—¿De quién?

—De la enfermera.

—¿Qué enfermera.

—El gesto de Kenneth Asner era tan sincero, que Turner miró a su compañero y dijo:

—¿Ves como no la conoce, Eddy?

—Eso parece —respondió Fargo.

—¿Quieren explicarme...? —rogó Kenneth.

—Lo que queremos es que Rhonda nos sirva lo que le pedimos — le interrumpió Turner—. Tenemos hambre.

—De acuerdo —respondió el dueño de la cafetería, y se alejó con rapidez.

### CAPITULO XIII

Marion Vradý había almorzado en su apartamento. Había terminado hacía sólo unos minutos y ahora se estaba tomando una taza de café. Muy dulce, como a ella le gustaba.

Había salido de compras, por la mañana, y no se había cambiado de ropa. Vestía pantalón blanco y un blusón estampado.

De pronto, sonó el timbre del apartamento.

Marion pensó que era Nick Turner y se alegró, porque tenía ganas de verle, de sentirse en sus brazos, y de recibir sus besos, como la noche pasada en «La Colina de los Enamorados».

¡Qué feliz se sintió allí!

Marion se levantó, dejó la taza sobre la mesa del living, y acudió a abrir exhibiendo su mejor sonrisa. La borró por completo, sin embargo, cuando tiró de la puerta, porque no era Nick Turner quien había hecho sonar el timbre.

¡Era Ronald Carmody!

¡Su ex novio!

Marion, recordando lo sucedido la noche pasada, a la salida del restaurante en donde cenara con Nick, intentó cerrar de nuevo la puerta, para que Ronald no pudiera entrar, pero éste actuó con rapidez y colocó el pie entre la puerta y el marco de la misma. La joven empujó con todas su fuerzas.

—¡Quita ese pie o te lo trituro! —gritó.

—¡Déjame entrar. Marion! —pidió Ronald.

—¡No!

—¡Quiero hablar contigo!

—¡No quiero saber nada de ti!

—¡He venido a disculparme por lo de anoche!

—¡No hay disculpa posible para lo que hiciste y dijiste! ¡Lárgate, Ronald!

Este cargó contra la puerta, con el hombro, y Marion salió despedida, cayendo al suelo un par de metros más allá.

Ronald Carmody entró rápidamente en el apartamento y cerró la puerta.

Marion ya se estaba poniendo en pie, terriblemente furiosa.

—¡Eres un animal, Ronald!

—Lo siento, pero tenía que entrar.

—¡Quiero que te vayas!

—Cuando haya hablado contigo.

—¡No tenemos nada que hablar!

—¿Quién era el tipo que estaba contigo anoche?

—¡Un amigo!

—¿Por qué dejaste que te besara?

—¡Porque me gusta!

—¿Te has enamorado de él?

—¡Creo que sí.

Los ojos de Ronald Carmody destellaron peligrosamente.

—Yo te sigo queriendo, Marion.

—¡Pero yo a ti, no! ¡Por eso rompí contigo!

—No debiste hacerlo.

—¡Era necesario! ¡Ya no sentía nada por ti. Ronald! —¡Calla! —  
rugió Carmody, asestándole un seo puñetazo en el mentón.

Marion exhaló un gemido, puso los ojos en blanco, y se desplomó,  
totalmente privada del conocimiento.

\* \* \*

Nick Turner y Eddy Fargo habían saciado ya su apetito en la  
cafetería de Kenneth Asner. Rhonda Edison acababa de servirles  
sendas tazas de humeante café.

—La cuenta, Rhonda —pidió Turner.

—Invita la casa —hizo saber la pelirroja.

—¿Qué?

—Así me lo ha dicho el señor Asner.

Los policías miraron hacia el mostrador.

Kenneth Asner esbozó una sonrisa y asintió con la cabeza,  
confirmando las palabras de la camarera.

—Bien, pues muchas gracias —dijo Turner.

—No hay de qué —sonrió Rhonda, y se alejó, moviendo sus  
sensuales caderas.

—Es capaz de hacer vibrar a un muerto —murmuró Fargo, con  
los ojos clavados en la firme grupa de la pelirroja.

Turner desgranó una risita.

—Apura tu café. Eddy. Tenemos que irnos.

Vaciaron las tazas, se pusieron en pie, se despidieron con el gesto  
de Kenneth Asner y de la camarera, y abandonaron la cafetería.  
Ya en el coche, Fargo preguntó:

—¿Adónde vamos ahora, Nick?

—Al apartamento de Doris Lenton. Tenemos que seguir buscando.

—Tú lo que quieres es estar cerca de Marion Vradý. —Bueno, es  
posible que le haga una visita —sonrió Turner, y puso el coche en  
movimiento.

\* \* \*

Cuando Marion Vradý volvió en sí, se encontró atada a su cama de manos y pies, y en ropa interior, ya que su ex novio la había despojado del pantalón y del blusón, dejándola en braguitas y sujetador.

Naturalmente, la joven se aterró, porque aquello presagiaba lo peor.

Aún se aterró más, sin embargo, cuando vio que Ronald Carmody, que estaba sentado en un sillón, tenía en las manos una navaja de afeitar, tan afilada, que su hoja lanzaba continuos destellos.

La navaja, lógicamente, le hizo pensar en Doris Lenton.

—¿La asesinaste tú. Ronald...?

—¿A quién te refieres?

—A Doris.

—Sí, la maté yo.

—¿Por qué?

—Quería matarte a ti, pero si lo hubiera hecho, la policía hubiese sospechado inmediatamente de mí, porque Doris les hubiera contado que fuiste mi novia y que me dejaste, a pesar de mis ruegos y mis súplicas. Por eso la maté primero a ella. Y anoche, maté a una enfermera llamada Bonnie Dobkin. Vivía también en Morgan Street. La policía, en estos momentos, debe pensar que el asesino es un perturbado mental, al que le ha dado por matar a pobres chicas indefensas en Morgan Street sólo porque sí. Y lo mismo pensarán cuando encuentren tu cadáver. Nadie sospechará de mí.

Marion sintió un frío terrible por todo el cuerpo.

—¡Estás realmente loco, Ronald!

Carmody saltó del sillón como impulsado por un resorte, se abalanzó sobre la cama, y puso el filo de la navaja de afeitar en la garganta de su ex novia.

—¡No vuelvas a decirlo, Marion, o se habrá acabado todo para ti!

La joven tenía la boca entreabierta, pero no gritó ni pronunció palabra alguna. El terror la había dejado muda. Sabía que estaba a un paso de la muerte.

A un paso muy corto.

Ronald Carmody exhibió una sonrisa de demente.

—Eso es nena. Si te estás calladita, vivirás un poco más — prometió.

Después, deslizó su navaja por el cuello de Marion y cortó con ella el sujetador, descubriendo totalmente sus preciosos senos, estremecidos de pánico.

Carmody paseó su navaja por los pechos desnudos de su ex novia, para acentuar su terror y su angustia. Luego, la deslizó por

su estómago y alcanzó el tenue pantaloncito, que también rasgó con la navaja, descubriendo la intimidad de la muchacha. Marion, que ya no podía resistir más, recuperó la voz de golpe y dio un tremendo chillido, sin pensar que con ello sólo conseguiría que precipitar su muerte.

\* \* \*

Nick Turner y Eddy Fargo habían llegado ya al 602 de Morgan Street.

Estaban subiendo en el ascensor, que se detuvo en la sexta planta. Los policías salieron de él y caminaron hacia el apartamento 12-C.

Casi lo habían alcanzado, cuando escucharon un grito procedente del 14-C.

—¡Marion! —exclamó Turner.

—¡Está en peligro! —gritó Fargo.

Se lanzaron los dos a la vez contra la puerta del apartamento, que cedió a la primera embestida. Los detectives irrumpieron en el apartamento y corrieron hacia el dormitorio, porque el chillido salía de allí.

Turner extrajo su revólver, siendo imitado por Fargo.

Ronald Carmody había oído el ruido de la puerta, naturalmente, lo que hizo que su mano derecha, la que sostenía la navaja de afeitar, quedara momentáneamente suspendida en el aire, cuando ya se disponía a caer sobre el cuello de Marion Vradý, para rajárselo brutalmente y cortar en seco el grito.

Al ver aparecer a la pareja de detectives, revólver en mano, Carmody comprendió que estaba perdido y quiso acabar con su ex novia antes de ser apresado.

—¡Muere, maldita! —rugió.

Por suerte para Marion, Turner y Fargo dispararon a la vez sobre Ronald Carmody y le metieron varias balas en el cuerpo, impidiéndole cometer su tercer crimen.

Carmody soltó la navaja de afeitar y se derrumbó, lanzando un grito infrahumano. Se agitó un par de segundos en el suelo, que ya estaba manchando con su sangre, y después quedó rígido, con una expresión horrible en su rostro.

El asesino de Morgan Street era ya cadáver.

## EPILOGO

Lo primero que hizo Nick Turner, fue despojarse de su chaqueta y cubrir con ella a Marion Vradý, a la que seguidamente desató y abrazó con calor.

—Marion...

—¡Ha sido espantoso. Nick! —sollozó la muchacha, que temblaba como una hoja.

—Cálmate, ya pasó el peligro.

—El tipo está muerto, Nick —informó Fargo.

—Avisa al teniente Simpson, Eddy. Yo me ocupo de Marion.

—Bien.

Fargo salió del dormitorio.

Turner vio la bata de Marion sobre una silla, la cogió, y se la ofreció.

—Ponte esto, de momento.

Marion se la enfundó y se ató el cinturón.

—Salgamos de aquí —indicó Turner, pasándole el brazo por los hombros.

Dejaron el dormitorio y pasaron al living, en donde

Marion informó a Turner y Fargo de todo, mientras llegaba el forense y el resto del personal enviado por el teniente Simpson.

—Si nos llegamos a entretener un poco más en la cafetería de Kenneth Asner... —dijo Fargo.

—Afortunadamente, no fue así y llegamos a tiempo de salvar a Marion de las garras de ese loco —repuso Turner, y besó a la muchacha.

Una hora más tarde, Nick y Marion estaban solos en el apartamento.

—Todo ha vuelto a la normalidad —dijo el policía.

—De todos modos, no me dejes, Nick —rogó la joven—, No quiero quedarme sola.

—Invítame a cenar, pues.

—Ya estás invitado.

—¿Quieres que duerma aquí, también?

—Te lo agradecería mucho.

—¿Y no temes que intente...?

—¿Estás enamorado de mí, Nick?

—Sí.

—Entonces, puedes intentar lo que quieras, porque yo también me he enamorado de ti —confesó la muchacha.

Turner la abrazó.

—Te quiero, Marion —dijo, y la besó en los labios, larga y apretadamente, viéndose correspondido por ella.

PUNTO

PUNTO  
ROJO

intriga...

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

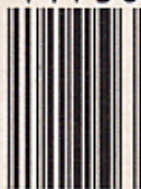
ROJO

acción...

ROJO



11736



9 788402 025135

EDITORIAL  
BRUGUERA, S. A.PRECIO EN ESPAÑA  
60 PTAS.

Impreso en España